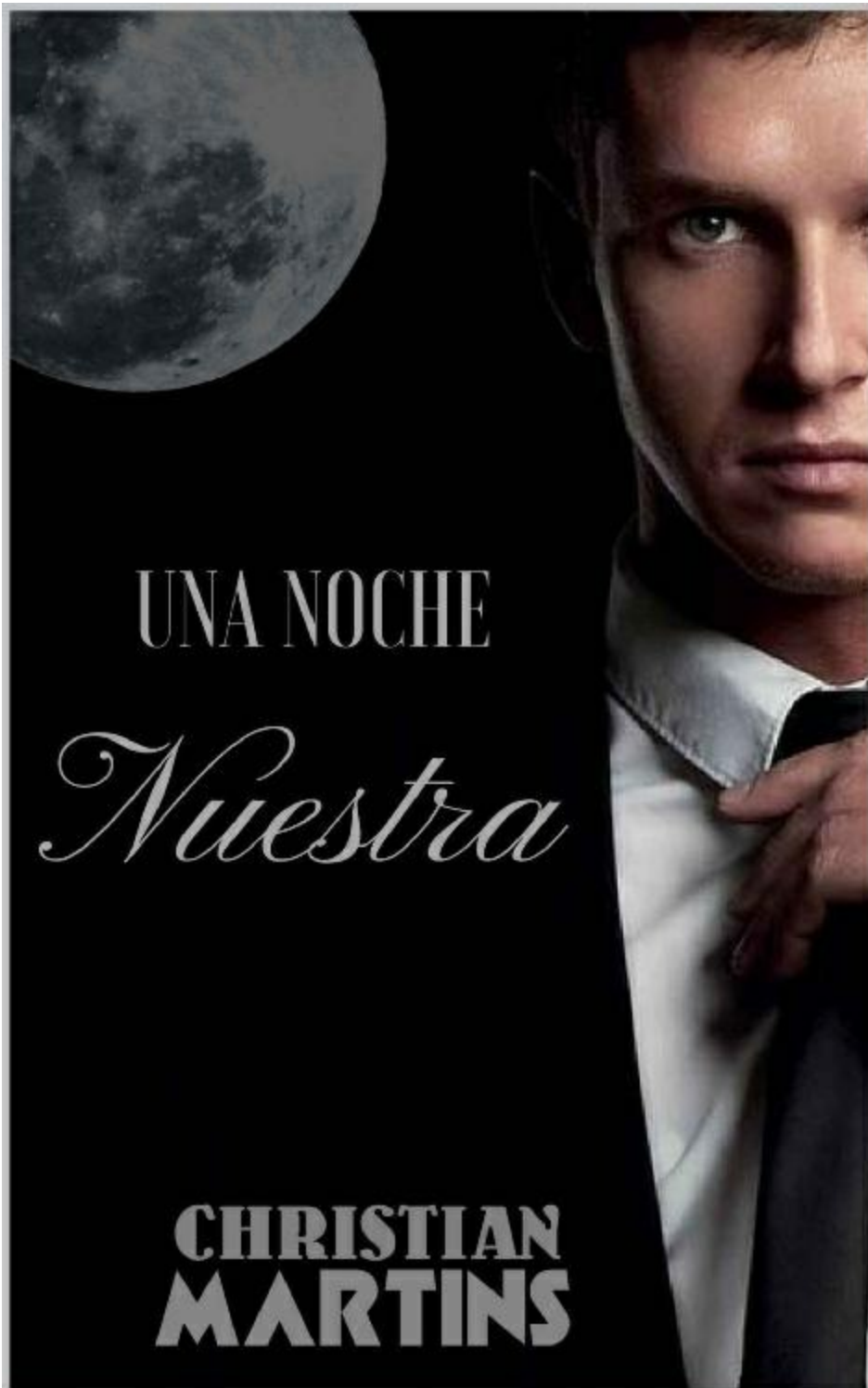




UNA NOCHE

*Nuestra*

**CHRISTIAN  
MARTINS**



UNA NOCHE

NUESTRA

# **CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN SEPTIEMBRE 2017**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA**

**AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES**

**ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA**

**POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL**

**TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES**

**MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS**

**“Mi madre siempre decía que cada estrella del firmamento pertenecía a un amor que lo intentó, pero no lo logró...”**

# **AGRADECIMIENTOS**

Gracias al grupo de Las Chicas de Christian Martins  
(Facebook) que persiguen este sueño junto a mí.

## **Resumen**

### **UNA NOCHE DORADA**

# UNA NOCHE CONTIGO

Después de pasar una larga temporada en Zúrich, Arianna Townsend por fin regresa a su hogar: Castle Combe.

En la mansión de Manor House no ha cambiado casi nada: sus hermanas siguen

como siempre, su padre continúa inmerso en sus negocios y en la política y su

madre procura poner paz allá por donde pasa. Todo sigue igual, excepto un nuevo elemento: Jason.

Aunque la joven Arianna tiene muy claro lo que espera de los hombres y quiénes

pueden aspirar a estar a su altura, no podrá evitar perder la cabeza por Jason, el

nuevo chófer que ha contratado su padre, y sentir emociones contrariadas que la

confundirán.

Además, Steve Lowell, la mano derecha de su padre, parece dispuesto a

conquistarla por encima de cualquier cosa y Markus, un pobre chico al que

Arianna le rompió el corazón durante su estancia en Zúrich, ha perdido la cabeza

completamente por ella y se siente desesperado por recuperarla.

La Noche Dorada está teniendo lugar en la mansión y todas las caras

conocidas

de Inglaterra se hayan presentes. Nada puede salir mal, o eso pensaba Franck Townsend cuando la organizó...

# 1

Arianna sintió el contacto frío de Steve Lowell sobre su piel cuando le tendió la

taza de té y un escalofrío recorrió su cuerpo.

¿Por qué, de repente, no sentía ningún agrado hacia aquel hombre?

Se quedaron varios segundos en silencio, hasta que la joven Townsend decidió poner fin al encuentro.

— Bueno, gracias, Steve — musitó en voz baja mientras se levantaba del asiento — , te agradezco todo lo que has hecho por nosotros.

El joven también se levantó, quedando a su par.

— No tienes nada que agradecer, Arianna. Lo he hecho de muy buena gana.

Ella asintió en silencio y caminó un paso al frente, en dirección a la puerta, pero

él no se movió.

Adivinando los pensamientos de la muchacha, añadió.

— Si no te importa, me gustaría quedarme contigo hasta que Franck regrese.

Franck y Viviane le habían dado una buena educación y le habían enseñado los

valores y los buenos modales a tener con los invitados, pero por primera vez, le

costó mantener las formas.

— Como veas — respondió, sentándose de nuevo en su asiento.

No podía dejar de pensar en Jason, en cómo la policía se lo había llevado detenido y en que, seguramente, la culpable de aquella situación era su hermana

mayor, Grace.

Aunque se sentía traicionada por el chófer, en el fondo sabía que no era un mal

chico y que no le había hecho mal a nadie.

Removió la taza de té ante la alerta mirada de Lowell.

Se sentía realmente incómoda y vigilada, como si de repente, aquel hombre se hubiera tornado su enemigo.

— ¿Te encuentras bien? — inquirió Steve.

Arianna asintió con rapidez.

— Sólo un poco cansada — señaló, antes de tomar otro sorbo — , creo que me

iré a la cama a descansar.

Lowell frunció el entrecejo y estiró el brazo para agarrar su mano.

— Siento mucho todo lo que has tenido que pasar — susurró con voz calmada

— , no puedo imaginármelo.

La joven se levantó del asiento, sonrió levemente y se dirigió a la puerta sin mirar atrás. Antes de abandonar la estancia, murmuró un leve “buenas noches”,

pero no se quedó para esperar la respuesta.



Cuando el silencio y la soledad se apoderaron de su entorno, suspiró hondo y se

echó a llorar. Todo lo que la rodeaba era un desastre. Un verdadero desastre.

Markus seguía por ahí, libre, y seguramente no tramaría nada bueno. El hombre

que amaba la había traicionado y, además, estaba en la cárcel. Su hermana Grace

en el hospital, su padre rodeado de tanto escándalo...

¿Cómo resolverían aquella situación? No parecía tener sencilla solución.

Se apretó la americana y el aroma del perfume de Jason llegó a sus fosas nasales,

golpeándola. Le había abierto su corazón por completo y, en aquellos instantes,

le costaba cerrárselo.

Aún con el rostro manchado de lágrimas, comenzó a ascender las escaleras hacia

su habitación cuando escuchó el teléfono resonar en la planta baja. Caminó con

rapidez hasta llegar a la mesilla donde se encontraba el principal, pensando que,

quizás, su padre llamaría para comunicar alguna nueva noticia; pero cuando

llegó hasta el aparato el timbre se había extinguido.

Guardó silencio unos instantes y escuchó la voz de Steve Lowell provenir desde

el salón. Seguramente, la mano derecha de su padre había respondido la llamada

por ella (lo que no resultaba extraño viniendo de alguien como él). Descolgó el

auricular con sigilo, evitando hacer ningún ruido, y se lo llevó a la oreja.

Era su casa, su familia y sus problemas; tenía todo el derecho de enterarse.

— No se va a poner — cortó la voz de Lowell, con tono amenazador.

— Necesito hablar con ella, por favor, es muy importante.

La voz de Jason provocó que se le parase el corazón.

¿Seguiría preso? ¿Estaría en comisaría?

Lowell soltó una risita.

— Jason, ¿verdad? — inquirió con chulería — . Te aconsejo que dejes de lado a

mi prometida en todo este asunto.

— ¿Tu prometida?

— Sí, mi prometida. Olvídate de ella, chaval, y deja en paz a esta familia.

Arianna escuchó el suspiro confuso de Jason al otro lado de la línea.

Seguramente, en aquellos instantes, el chófer se encontraría tan consternado como lo estaba ella.

— ¡¡Necesito hablar con Arianna!! — exclamó, irritado.

Escuchó el sonido que indicaba el final de la llamada y supo que Lowell había

cortado la conversación.

Se llevó la mano al pecho y notó su corazón desbocado y su respiración agitada.

¿Su prometida? Aquello no tenía ningún sentido.

## 2

Steve Lowell percibió el silencio que rodeaba la mansión de Manor House y se acomodó en el sillón, sintiéndose por unos instantes en su hogar.

Había cambiado la taza de té por una copa de whisky sin hielos y sus pensamientos volaban en torno a su futuro y a los privilegios que tendría una vez la ceremonia tuviera lugar. Steve Lowell había salvado a Franck Townsend de la banca rota, de la pérdida de Manor House y del escándalo público. Seguramente, en unos años, el viejo Franck ascendería a vicepresidente o, incluso, hasta presidente, y él estaría a su lado en todo momento, junto a la mediana de los Townsend.

El trato era sencillo, su herencia, por la mano de su hija, Arianna. Franck había aceptado sin dudarle un solo instante, aunque la joven aún desconocía el porvenir de su futuro. De esa manera, Franck Townsend continuaría siendo propietario de la mansión y sus terrenos y él, con el tiempo, sería el heredero de todo lo que en aquellos instantes estaba pisando. Lowell no era un mal apellido, pero Townsend tenía aún más poder.

Era evidente que conquistarla no sería una tarea sencilla, pero sospechaba que Franck tenía sus propias artimañas para manipular a su hija y había decidido despreocuparse y dejarlo todo en las manos del viejo.

El sonido de un golpe seco captó su atención y Steve dejó la copa en la mesita auxiliar para centrar su atención en el exterior; el sonido de unos tacones golpeando la madera al caminar se aproximaba al salón.

Se levantó de un salto con el corazón acelerado, sospechando que quizás Arianna hubiese regresado hasta él en busca de consuelo. Sintió que la respiración se le entrecortaba mientras la puerta, lentamente, se abría de par en par.

Rose Townsend, la pequeña Rose Mary, aparecía en el umbral aún vestida con su traje de gala.

Franck la miró de arriba abajo y la saludó con un pequeño guiño de ojo mientras se preguntaba qué hacía la chica aún despierta.

— ¿Una noche dura, eh?

Él asintió mientras recuperaba su antigua posición en el sillón y cogía la copa de whisky.

Parecía que la borrachera de la joven Rose había menguado, pero aún así, se intuían los resquicios del alcohol en la forma en la que arrastraba las palabras y caminaba hacia él.

— ¿Ya ha regresado la princesa?

Steve la observó con detenimiento.

Sí, aún continuaba ebria.

— Está en su habitación, descansando — aclaró, intuyendo a quién se refería — , y Grace está en el hospital. Ha sufrido un coma etílico.

— ¡Qué raro! — rió, acercando su rostro hacia él para retirar la copa de sus manos — . Supongo que te irás acostumbrando a la familia...

Desconocía hasta qué punto estaba al corriente Rose de los asuntos que él y Franck se traían entre manos, pero era evidente que algo sabía.

Aspiró el aroma de su aliento y la miró a los ojos con curiosidad. Los encuentros entre ambos siempre habían sido tensos, tirantes, acalorados, pero aún así, habían logrado controlarse y mantener las distancias entre ellos.

Nadie podía negar que Rose era una chica bonita. No era una belleza explosiva como la de Arianna, si no, más bien, algo más delicado y coqueto. Algo más discreto.

Cuando sus visitas a Manor House comenzaron a alargarse y el tiempo que pasaba en la mansión se hizo cada vez más largo, sus planes de conquista tan sólo se dirigieron a Rose Mary. Quizás aquellas tardes de coqueteo en el salón de té habían provocado que la joven Townsend se formase ideas

equivocadas sobre la relación que mantenían, pero por ahora no le convenía, en absoluto, que la muchacha descubriera la realidad.

Quería tener a Arianna Townsend y quería que, más pronto que tarde, ésta se convirtiese en su esposa; pero si su plan fallaba, sabía que Rose siempre estaría dispuesta a caer rendida en sus brazos, y aquella baza no podía perderla con tanta rapidez.

— ¿Te quedas a dormir?

Su rostro, sus labios... Estaba tan cerca que prácticamente se rozaban.

Steve dudó.

Dadas las circunstancias, lo mejor que podía hacer era descansar un par de horas antes de regresar a su hogar.

Rose se levantó con parsimonia y caminó hacia la puerta del salón contoneándose delante de él. La miró,

asombrado con el descaró y el atrevimiento que estaba mostrando aquella noche, y se preguntó si debía seguirla o no.

— Vamos, te llevaré a tu dormitorio — susurró con voz sensual.

Lowell no supo qué responder, así que, simplemente, dejó la copa y echó a caminar tras ella.

Veía cómo se llevaba las manos a la cabeza y se masajeaba con lentitud el cuero cabelludo mientras ascendía escaleras arriba. Sospechaba qué era lo que Rose tramaba, pero se preguntaba si realmente estaría dispuesta a llegar hasta el final; al fin y al cabo, era una señorita de la alta sociedad y aquellas actitudes eran totalmente inaceptables para alguien de su categoría.

— Supongo que estarás agotado — dijo en voz baja, sin detenerse a mirarle — , mi padre te tiene todo el día a vueltas.

Estaban ascendiendo a la tercera planta, lejos de los dormitorios principales.

Aunque era la primera vez que entraba en una de las habitaciones privadas de Manor House, Steve conocía muy bien la estructura de la mansión y sus recovecos. Franck se los había mostrado con orgullo en una de sus primeras visitas.

Al pensar en su jefe, se preguntó si debía llamar para informarle de la situación; pero desechó la idea. Podía permitirse tomar alguna que otra decisión con libertad, ¿no? Aunque Manor House aún pertenecía al apellido Townsend, en muy pocos años pasaría a ser totalmente de su propiedad.

— La verdad es que estoy muy cansado — respondió con una sonrisa traviesa.

Rose se giró para observarle y le devolvió el gesto; consciente del juego tan peligroso en el que se estaban aventurando.

Steve deslizó la palma de la mano por la barandilla sin poder contener la felicidad que le invadía en aquel instante. Cada trocito que tocaba de Manor House era como aspirar aire puro, aire del bueno, del que te abre los pulmones.

¿Cuántos miles de millones podrían costar aquel lugar tan emblemático para Castle Combe?

Era imposible responder aquella pregunta, lo que hacía que su dicha fuera aún mayor.

La deuda de Franck no había sido pequeña en absoluto, pero ni siquiera podía compararse a todo lo que recibiría por aquella pequeña inversión.

— Es aquí — susurró Rose, abriendo la puerta de la habitación que más alejada se encontraba de las escaleras — , ¿quieres que te la enseñe?

Había dejado más que evidenciado aquello que se proponía.

En circunstancias normales, jamás hubieran alojado a un huésped en aquella zona tan apartada del resto.

Lowell asintió y Rose pasó al interior, dejando la puerta abierta para que el

joven la siguiera.

— Bueno... comencemos la visita guiada — ronroneó con voz sensual.

Steve tragó saliva y la observó con detenimiento, aún preguntándose si hacía bien o mal en seguirle la corriente a su futura cuñada.

— Entra y cierra la puerta para que pueda darte las explicaciones con intimidad.

Él, obediente, pasó al interior.

Rose se paseó por la pequeña estancia, contoneándose como lo había hecho anterior mente; moviendo sus caderas con sensualidad y mordiéndose el labio provocadoramente.

Se paró frente a la cama y se agachó sobre ella, presionando sus pechos contra el colchón.

— Aquí puedes descansar de muchas maneras — murmuró mientras deslizaba el dedo índice por la colcha

— , se me ocurren unas cuantas, pero lo dejaré a tu imaginación.

Se levantó con la misma dilación y continuó caminando.

Steve notó cómo su miembro se endurecía y comenzaba a crecer bajo el pantalón mientras observaba a la pequeña Townsend paseando de un lado al otro.

Rose, juguetona, se sentó sobre la mesa del escritorio y con ayuda del tacón de su zapato, sacó la butaca que quedaba bajo el mismo. Apoyó las piernas sobre él, arremolinándose el vestido y dejando al descubierto sus largas y sensuales piernas.

— Aquí también puedes hacer muchas cosas...

Las ansias de abalanzarse sobre ella ascendieron más y más, pero se contuvo. Tenía que comenzar ella, tenía que abrir el juego si no quería problemas en el



futuro.

Se bajó del escritorio y para entonces Steve sentía que ya no quedaba nada de control en su interior; la muchacha se paseaba de un lado al otro provocándole, calentándole.

Señaló el armario y después sonrió.

— Aquí puedes guardar la ropa — siseó, acercándose a él — , ¿eres esa clase de hombre que duerme desnudo?

Tragó saliva, boquiabierto, mientras el rostro de Rose se acercaba a él.

Su voz sensual, sus movimientos... ¡Dios! Notaba cómo su miembro estaba a punto de explotar dentro de su pantalón. Se había imaginado aquella escena con Rose un millar de veces y en ninguna de ellas había llegado a pensar que la joven e inocente Townsend podría llegar a ser una bomba salvaje y explosiva.

La chica recorrió con suavidad su torso, apoyando la palma de su mano y descendió suavemente.

— Dime, Steve... ¿Eres esa clase de hombre? ¿Duermes desnudo, sintiendo el tacto de las sábanas contra tu piel...?

— Depende de con quién compartas las sábanas — respondió con voz ronca, prácticamente sin palabras.

No podía aguantar más la presión, la excitación, el calentón.

Agarró su cintura con la mano y tiró de ella para pegar su cuerpo al de él, apretando su dura erección contra la cadera de la chica.

Rose sonrió con picardía y Steve le devolvió la sonrisa impaciente y repleta de deseo.

— Será un placer descubrir con quién compartirás las sábanas en el futuro...  
— susurró Rose en su oreja, mientras que, con la palma de la mano, apartada a Steve de ella.

Se quedó mirándola sin entender lo que había ocurrido allí, mientras la chica sonreía, satisfecha, y se alejaba hacia la salida del dormitorio.

¿Qué narices había sido eso? ¿Había jugado con él?

Seguramente, Rose sabría algo del trato que había hecho con Franck respecto a su enlace con Arianna.

Había jugado con él..., le había provocado y le había manipulado tan sólo por despecho.

— Buenas noches, Lowell — sonrió al despedirse.

Steve apretó los puños, rabioso, antes de lanzarse hacia ella.

— ¡Espera!

Rose se quedó inmóvil, obediente, y él alargó la mano para agarrarla del brazo.

— ¿Qué haces, Steve? — preguntó, extrañada.

Él adivinó la confusión en su mirada.

De un tirón, la dejó caer sobre la cama. El rostro de Rose no solo mostraba confusión, si no terror.

Steve sonrió mientras se desabrochaba el cinturón con la misma parsimonia con la que Rose había jugado con él anteriormente.

— Vas a descubrir con quién comparto las sábanas...

La chica, negando rotundamente con la cabeza, se levantó y se dirigió apresurada a la puerta. Lowell la atrapó antes de tiempo mientras su garganta liberaba un grito de espanto.

Ensanchó la sonrisa al recordar dónde se encontraban; en aquella zona de Manor House, tan apartada y

distante del resto, podría gritar lo que le diera en gana que nadie la escucharía.

La golpeó con fuerza, obligándola a callar mientras sus ojos se empañaban y se encharcaban.

¿Qué se creía aquella ramera? ¿Qué podía hacer lo que quisiera con los hombres sin consecuencias?

— No lo hagas, por favor, Steve... No me hagas nada...

Las suplicas tan sólo sirvieron para calentarle más. Terminó de desabrocharse el pantalón antes de dejarlo caer a sus pies, junto con los calzoncillos, y liberar su duro, erecto y grande pene.

Volvió a empujar a la chica sobre la cama y, con ambas manos, le desgarró el vestido dejando al descubierto su escueta ropa interior. Se quedó mirando con deseo, caliente y dispuesto a penetrarla de una estocada, el fino tanga y el pequeño sujetador que cubrían sus pechos mientras se retorció y gritaba que la dejase marchar.

Steve, ansioso, soltó una carcajada y agarró su miembro con una mano mientras que, con la otra, arrancaba su tanga de un tirón.

— ¡Por favor, no lo hagas Steve...!

Resistiéndose, Rose se giró y se arrastró por la cama, intentando alcanzar el otro lado.

Sintió la mano de Steve Lowell apretar su tobillo y tirar de él para arrastrarla de vuelta, y después su mano fría separar sus sudadas y temblorosas piernas. Intentó zafarse de él, pero todo el peso del hombre había caído sobre su cuerpo y ni siquiera podía moverse.

Lloró con más fuerza, pensando que quizás se apiadaría de ella.

— Vas a disfrutar muchísimo...

El aliento contra su oreja le erizó la piel y unos segundos después, notó la

fuerza de su miembro desgarrando su interior mientras un alarido abandonaba sus extrañas.

### 3

Jason se acomodó de la mejor manera que pudo sobre el banco de madera en el que yacía junto a un borrachuzo y otro chico que no tenía demasiada buena pinta.

Allí, vestido con camisa y pantalón de traje, se sentía fuera de lugar; y es que en realidad, así era.

¿Por qué narices le habían detenido?

Ni siquiera se habían molestado en darle una buena explicación. “Detención preventiva”, habían dicho los guardias. Ahora quedaba la puesta a disposición ante el juez.

Suspiró hondo y el aroma a whisky barato volvió a inundar sus fosas nasales. El hombre borrachuzo — que era la fuente del aroma — se revolvió en el banco, girándose hacia Jason para clavar su mirada en él.

— ¿Te pasa algo? — soltó, hastiado de la noche.

Estaba agotado y le dolía cada hueso del cuerpo.

Además, sentía un punzón rondándole en la cabeza, como si un taladro le estuviera agujereando el cráneo sin descanso. Y para colmo, no lograba sacarse a Arianna de sus pensamientos.

Sabía que había visto las fotografías y se había llevado una mala impresión; pero también sabía que la testaruda de Arianna Townsend jamás le concedería el beneficio de la duda. Más aún después de haber leído el mensaje que Lucy le había enviado.

— ¿Sabes lo que hacen en la cárcel con los violadores? — bufó el hombre.

Jason escupió con desdén en sus pies y arrugó el ceño, antes de apartar la mirada de él.

Lo mejor era no contestar e ignorarle o la noche terminaría peor de lo que había imaginado.

Escuchó un teléfono sonar de fondo y se tensó; el sonido provenía de las oficinas. Al igual que Jason, el borrachuzo y el crío también levantaron la cabeza y agudizaron los sentidos. Todos los presentes esperaban lo mismo: la llamada mágica que les liberase de los barrotes que los mantenían presos.

A pesar de sus esfuerzos, ninguno de los tres logró atisbar ni una sola palabra de la conversación y todos terminaron perdiendo el interés cuando, diez minutos después de que resonase el timbre, ningún guardia se acercó hasta la celda.

Jason intentaba mantenerse ocupado; le había calculado unos cincuenta y cinco años al hombre que apestaba a whisky y unos veintisiete al chico que no tenía demasiada buena pinta.

Pero ningún entretenimiento era suficiente y su cabeza recurría constantemente a la mediana de los Townsend. A la mujer que le había embrujado y robado el corazón.

Y casi. Esa era la maldita palabra que había destruido todos sus sueños y sus esperanzas. Casi. Casi lo había conseguido, casi la había conquistado, casi lo habían intentado.

Había sentido que todo era posible; y aquel sentimiento había hecho que la derrota doliese todavía más.

Recordaba el momento que habían pasado en la cama, ella subida sobre el colchón manteniendo el equilibrio, ella desnuda en sus brazos y sus cabellos castaños y mojados cayéndole como una cascada por la espalda bronceada. Todo se había quedado en un triste “casi”.

Sabía que, en aquellos instantes, tenía problemas más serios en los que perder el tiempo meditando. Había gastado “la llamada” que le correspondía en Manor House, y además estaba esperando que a Grace se le realizara un examen médico para dictaminar si había existido un abuso sexual o no.

Aunque estaba tranquilo respecto al posible resultado del examen, el poder y las ansias que había visto reflejados en la mirada de Franck Townsend le perturbaban el sueño.

¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar aquel hombre por señalar un culpable con el dedo?

La voz del guardia captó su atención.

— Tú día de suerte, O'Brien — dictaminó mientras se acercaba a los barrotes con el manajo de llaves en la mano.

El borrachuzo y el chico le miraron con curiosidad; primero a él y después al policía.

— ¿Me puedo marchar? — murmuró, contrariado.

No entendía qué era lo que sucedía allí.

El oficial que lo había llevado hasta la comisaria le había dejado claro que, a pesar de que el examen médico de Grace Townsend diera negativo, el juicio se tendría que celebrar para aclarar los hechos.

La familia Townsend era demasiado importante y, además, el coche que había sido sustraído no pertenecía precisamente a un Don Nadie.

— Así es — señaló con una mueca.

Jason pensó que el guardia se encontraba tan sorprendido como él.

Abrió la celda y le indicó con un movimiento de mano que saliera del agujero en el que se encontraba. No se lo tuvo que repetir dos veces.

Mientras esperaba en el escritorio del guardia y firmaba los papeles de la puesta en libertad, revisó el reloj de la pared y se sorprendió al comprobar que casi eran las doce del mediodía.

¿Cuánto llevaba allí metido, entre rejas? Tenía la noción del tiempo distorsionada.

Prácticamente había terminado de rellenar el formulario cuando el caminar de unos zapatos de mujer captó su atención. Jason conocía muy bien aquella manera de caminar, aquel ritmo y aquellos zapatos.

Eran de ella.

Alzó la mirada y la vio, al fondo de la comisaría, cruzando la sala hacia la puerta que conducía al exterior.

Se había cambiado de ropa y vestía unos vaqueros oscuros y una camisa blanca, mucho más apropiados para la hora y el lugar donde se encontraban. Sintió que se quedaba sin respiración por unos instantes y comprendió de inmediato por qué los guardias le habían dejado marchar de aquel lugar; Ari había declarado a su favor. Era evidente.

Por unos segundos, la mirada de ambos se cruzó y el tiempo se paralizó. No estaba seguro, porque todo había quedado suspendido en el aire, pero tenía la sensación de que Arianna se había detenido un pequeño instante, dudando si debía acercarse a él o no.

— ¡Arianna! — gritó desde la silla, levantándose de golpe.

Aquella vez la chica no se giró para observarle y, dos segundos después, había desaparecido de su campo de visión.

En el exterior la lluvia continuaba cayendo sobre el embaldosado de las aceras Londinenses. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando la escueta camisa blanca

se pegó a su piel, mojándose en tan sólo unos minutos.

El tránsito a aquellas horas de la mañana, como cabía esperar, era intenso y la muchedumbre de transeúntes se amontonaba bajo los salientes de las fachadas

evitando mojarse.

Miró hacia ambos lados y caminó sin sentido y sin rumbo, calándose, mientras



esperaba encontrar su rostro.

— ¡Arianna! — exclamó, en el instante en el que una señora chocaba contra él.

Volvió la vista hacia atrás para comprobar que se encontraba bien y la vio agachada en el suelo, sujetando el paraguas costosamente con una mano

mientras que, con la otra, recogía el contenido de las bolsas que portaba y que habían sido derribadas en el choque.

La escuchó refunfuñar, pero no se molestó en disculparse pues sabía que nada de

lo que pudiera decirle serviría.

No estaba; había desaparecido entre la multitud.

Tan sólo había tardado un par de minutos más en salir tras ella, pero habían sido

suficientes para perderla.

— ¡Eh, Jason! — la voz fría y familiar de un hombre llegó tras su espalda, junto

con un pestazo a tabaco.

Se giró, preguntándose de qué conocía a aquella persona y si sería alguno de los

trabajadores de los Townsend cuando el golpe seco, duro, fuerte y rabioso de los

nudillos de aquel tipo se estrelló contra su pómulo.

Cayó en el suelo mojado sin poder soportar el equilibrio sobre sus piernas, mientras el agua de la lluvia continuaba mojándole. Tampoco supo de dónde

venían las patadas, pero sintió cada una de ellas contra su espalda mientras un hilillo de sangre abandonaba el orificio de su nariz y recorría su rostro, serpenteantemente.

Protegiéndose con ambas manos la cabeza, se colocó en posición fetal y aguantó

el reguero de golpes y patadas que caían sobre él mientras la gente de su alrededor gritaba y pedía a voces que alguien llamase a la policía.

— ¡¡Eres un mierda, Jason!! ¡¡Eres pura mierda!!

Aunque no lograba observar su rostro, la voz de su atacante le resultaba muy, muy familiar.

## 4

Grace había abandonado el hospital con sus padres y por primera vez en la vida,

sentía gratitud hacia ellos. Tenía la sensación de que su dinero y el poder de su

apellido habían servido para algo útil y para su beneficio, a diferencia de las anteriores veces.

Claro que, el chófer, Jason, había tenido que pagar por sus platos rotos; pero alguien tenía que hacerlo si no quería regresar a la clínica de desintoxicación ni

al centro de reinserción social. Mucho menos al internado. Su familia se había pasado los años preocupándose por tratarla como a una criminal que no pertenecía a la familia, excluyéndola de todo y todos. Pero por alguna razón, en

aquella ocasión había sido diferente. En aquella ocasión, ella había sido una Townsend más y no una marginada.

Pensó, mientras observaba la colina abrirse paso en Castle Combe entre el

aguacero, que no debía sentirse mal por el chófer. En realidad, tampoco había dicho nada que pudiera comprometerle realmente, ¿verdad? Ella, simplemente,

no era capaz de recordar nada... Y la policía no tardaría demasiado en soltarle.

No tenían pruebas para acusarle de ningún delito grave.

El vehículo que Franck manejaba se detuvo frente a la puerta principal.

Los tres presentes habían viajado en silencio y sumidos en sus propios pensamientos durante todo el trayecto y la tensión flotaba en el aire.

Viviane suspiró antes de apretar su bolso contra el pecho, y después se giró hacia

Grace.

— ¿Qué ocurre? — preguntó su hija, cansada.

Tenía la cabeza embotellada y le dolía cada articulación de su cuerpo, como si un

camión la hubiera aplastado por encima. Seguramente, efectos de la medicación

que le habían administrado en el hospital.

— Tenemos que hablar, hija.

La voz ronca de su padre sonó cortante y amenazadora, y supo, de inmediato, que algo no iba bien. Algo no iba nada bien.

— ¿Ahora? — preguntó, irritada, fingiendo una mueca de fastidio — . Estoy agotada, papá.

Viviane se giró hacia su marido, deslizó la mano hasta la de él, que reposaba sobre la palanca de cambios del vehículo, y la apretó con cariño en señal de apoyo.

— Dejémoslo para mañana, Franck — propuso, intentando calmar la situación

— , todos nos sentimos realmente cansados.

Grace sintió cómo el mal palpito erizaba el vello de su piel.

Agarró la manilla de la puerta, decidida a abandonar aquel coche antes de que su

padre pudiera decir algo de lo que después fuera a arrepentirse. No, no podían tratarla así de nuevo, no podían alejarla del resto así, sin más.

Abrió la puerta y salió al exterior.

Llovía con fuerza y los terrenos de Manor House se veían de un color verde profundo y oscuro. Aguardó varios segundos con la cabeza alta, mirando hacia el

cielo mientras las gotas traspasaban su abrigo y despejándose del aletargamiento que le había causado la medicación.

— Tendrás que regresar.

Prácticamente lo escuchó cómo un susurro que provenía del interior del coche.

Como si no fuera dirijo a ella y más bien se tratase de una conversación entre sus

padres, aunque no fuera así.

Caminó al frente con decisión mientras una punzada de angustia atravesaba su pecho.

Al pasar por la ventanilla, no se molestó el ladear la cabeza hacia el interior, pero

supo que sus padres la estaban observando.

“Tendrás que *regresar*”.

No, no estaba dispuesta. No quería volver a verle, no quería volver a tener que

pasar por todo aquello, no quería abandonar Castle Combe para volver a

aquel lugar.

# 5

Arianna se tumbó sobre la cama, aún vestida.

Intentaba mantenerse fuerte y no llorar; aguantar todo y soportarlo. Ser valiente

como una Townsend tenía que serlo.

Pero la imagen de Jason gritando su nombre al verla en la comisaría le destrozaba el corazón... ¿Cómo podía plantearse perdonar a un hombre que la

había engañado y traicionado de aquella manera? ¿Por qué tan si quiera pensaba

en volver a verle?

Por mucho que se repitiera a sí misma que tenía que olvidarle, no era capaz.

Pensaba en él constantemente y en cada pensamiento la escena era similar; ella

le pedía explicaciones, le decía que se sentía traicionada y le gritaba que era un

embustero o algo similar. Entonces él, calmado y sosegado, le respondía que

todo tenía explicación. Sí, aquella era la escena perfecta pero..., la explicación

no existía y jamás llegaría.

Había tomado fotografías comprometedoras de ellas en dos ocasiones, si no quería chantajearla ni venderlas a la prensa, ¿entonces qué buscaba? No tenía

sentido.

Dolida, comprendió que no le quedaba más remedio que olvidarse de él. Al fin y

al cabo, ya ni siquiera trabajaba en Manor House y las ocasiones para encontrarse eran escasas. Probablemente jamás volverían a encontrarse.

No fue consciente de que sollozaba hasta que logró calmar el remolino de sentimientos que danzaban en su interior; y cuando guardó silencio, se sorprendió al escuchar otros sollozos que no provenían de ella, que no abandonaban su garganta.

Se levantó de la cama y miró hacia la pared que daba a su baño y que, a su vez,

conectaba con la habitación de su hermana pequeña.

— Rose...

Se apreciaba que era un día triste en Manor House, pues como norma general, a

aquellas tardías horas de la mañana el movimiento en los pasillos era constante.

Pero aquel día ni siquiera se podía apreciar a los empleados realizando su labor

— seguramente por orden de su padre, para permitirles descansar — .

Caminó dos pasos al frente y posó la palma de su mano sobre la puerta de madera que daba a la habitación de Rose. Desde el pasillo no se podía apreciar

su llanto, pero Arianna estaba segura de que lo había escuchado.



Se arrimó más a ella, esperando captar algún sonido del interior y, dos segundos

después, tocó la puerta con dos leves golpes de los nudillos.

Si no se hubiera encontrado cien por cien segura de que Rose se encontraba allí

dentro, habría pensado que estaba dormida o que había salido.

Volvió a golpear la puerta, impacientándose.

— Rose, sé que estás despierta... ábreme — susurró, esperando no despertar a

Grace ni a sus padres.

Tenía una mala sensación.

Llevaban varios días distanciadas y las conversaciones entre ambas habían sido escasas y concisas; aún así, su hermana sabía perfectamente que podía confiar en

ella siempre que lo necesitara.

Volvió a golpear la puerta con más fuerza y esperó. Esperó...

— Rose, dime algo por favor...

El silencio era desgarrador, pero sabía que estaba ahí adentro.

Sin pensárselo dos veces, abrió la puerta de golpe y entró. Había esperado

encontrarse con un grito de su hermana, mandándola a paseo y ordenándola que

abandonase la habitación; pero allí no había nadie. La habitación estaba

levemente a oscuras, con las cortinas a medio correr, y la cama se encontraba

hecha. Ni siquiera tenía las típicas arrugas que evidenciaban que alguien se había

sentado sobre la colcha.

Se giró sobre sí misma, dispuesta a abandonar el lugar y aún intentando comprender de dónde venían los sollozos que le habían parecido oír desde su habitación, cuando escuchó el sonido de una cañería resonar. Agua.

Clavó la mirada en la puerta del servicio de Rose y caminó con sigilo hacia ella.

Estaba allí; estaba convencida de que estaba allí dentro. ¿Pero qué demonios le

pasaba a Rose para comportarse así? ¿Por qué no quería hablar con ella?

Los Townsend solucionaban sus problemas y, a pesar de todo, estaban unidos en

los malos momentos. Fuera lo que fuere que le ocurría a Rose, lo solucionarían

juntas.

Acarició la puerta, más bien preguntándose si estaría allí dentro o volvería a encontrarse armando tesis absurdas. Quizás habría imaginado los sollozos...

Agarró el picaporte...

— No entres, por favor, Ari.

Su voz sonó suave, rota, dolida.

Arianna sintió cómo el corazón se le aceleraba desbocadamente. Había pensado

que conocía todos los aspectos y las facetas de su hermana, pero aquel tono de

voz... desgarrado, no era capaz de identificarlo.

— Márchate, por favor...

Giró el picaporte con parsimonia y golpeó con suavidad la puerta para que se abriera.

— Rose... — musitó.

Ari miró a su alrededor.

Su hermana Rose, con el rostro descompuesto y los ojos rojos e hinchados de llorar, estaba sentada en la bañera abrazándose las rodillas. El agua llegaba hasta

el borde de la misma y estaba manchada de un color extraño, rojizo.

— Rose... — repitió, esperando que sus miradas se encontrasen.

No la miraba. Tenía la cabeza hundida entre sus brazos y sus piernas y sollozaba

débilmente. Le parecía atisbar un moretón en su ante brazo, pero no estuvo segura hasta que caminó unos pasos hacia ella.

No sólo tenía un moretón, tenía varias marcas.

¿Qué demonios le había ocurrido? ¿Qué estaba sucediendo?

Se agachó junto a ella en la bañera y acarició su espalda desnuda con delicadeza,

fijándose en los cardenales que también lucía aquella parte de su cuerpo.

Era evidente que alguien la había golpeado.

Ari, consternada, ahogó un profundo grito de dolor mientras se sentaba en el suelo. ¿Qué animal había sido capaz de hacerle eso a su hermana pequeña?

— Cuéntame qué ha ocurrido, por favor...

Rose negó en silencio, levantando la cabeza levemente para observar a su hermana mayor.

La mediana de las Townsend sintió la tela bajo ella y tiró del vestido que tenía en

sus pies para retirarlo del suelo, cuando vio la sangre. Estaba manchado de sangre.

— ¡Por Dios, Rose!

La chica soltó otro sollozo y después rompió en un grito desgarrador.

Arianna sintió que su hermana se tornaba de nuevo una niña pequeña e indefensa

y, sin pensárselo dos veces, se introdujo en la bañera, aún vestida, para poder abrazarla de la misma manera que lo había hecho cuando eran niñas...

— Cuéntame qué te han hecho, Rose... Tienes que contármelo... Lo solucionaremos...

## 6

La lluvia continuaba cayendo sobre la ciudad, sobre Jason.

Dos hombres que pasaban cerca habían logrado liberar al muchacho de su atacante, pero para entonces ya había recibido una buena zurra y yacía semiinconsciente en el suelo.

Con ayuda de los buenos samaritanos que se habían detenido a prestar su ayuda,

Jason se levantó del suelo con la mirada emborronada y mareado. Le costaba ordenar sus pensamientos y no era capaz de comprender por qué todos los presentes le observaban con aquel gesto de espanto. En realidad, le costaba, incluso, entender qué era lo que había sucedido, pues los últimos sucesos se habían tintado de negrura.

Había recibido una buena paliza; de eso estaba cien por cien seguro.

— ¿Estás bien, chico? — preguntó el hombre alto que mantenía a Jason de pie,

sujeto por el antebrazo y rodeándole la espalda.

Estaba convencido de que, si le soltaba, caería redondo al suelo.

Él asintió en señal de respuesta, pero la verdad era que no se encontraba nada bien. Le dolían las costillas, le silbaba un pulmón cuando respiraba y sentía una

punzada intensa de dolor en la rodilla derecha cada vez que intentaba mantener el peso de su cuerpo sobre ella. Se preguntó para sí mismo, sin pronunciar palabra en voz alta, si tendría algún hueso roto; seguramente, sí.

— La ambulancia ya está de camino... — musitó el otro hombre, el más bajito y

gordinflón, que también lo sujetaba para mantenerlo en pie.

Jason negó con convicción.

Lo último que necesitaba era otro hospital.

Desde “La Noche Dorada” todo lo que le rodeaba se había tornado una verdadera pesadilla y, con tan sólo pensar que el día anterior su vida era tan diferente... Tenía trabajo, a Lucy, no se había metido en problemas...

En unas pocas horas había rescatado a dos mujeres ricas y egocéntricas para terminar en el hospital, en la cárcel y después, de vuelta en el hospital.

— Diez minutos han dicho que tardarían — gruñó otro hombre, con cara de circunstancia.

Las personas se habían aglomerado a su alrededor, atraídas por los hechos y expectantes por descubrir qué era lo que había sucedido allí.

— No quiero ir..., no quiero ir a un hospital — susurró en voz baja.

Si levantaba más de lo necesario la voz, el dolor de las costillas le mataba.

Los hombres que lo sujetaban, al ver que Jason no era capaz de mantenerse erguido por sus propios medios, volvieron a tumbarle sobre la acera sin saber muy bien qué hacer para ayudarlo.

Desde fuera, el chico se veía realmente mal. Tenía la cara muy magullada, repleta de sangre y cortes que conjuntaban perfectamente con su camisa, que hacía rato que había dejado de ser blanca y se encontraba manchada por

completo de sangre y barro de la acera.

Una niña soltó un grito de histeria cuando su madre, curiosa, tiró de ella entre la

gente para descubrir qué era lo que todos observaban.

Segundos después Jason perdía el conocimiento para sumirse en un profundo sueño en el que tan sólo sería capaz de ver la imagen de Arianna Townsend.

# 7

Aunque todo el mundo había creído que después de La Noche Dorada el ambiente en Castle Combe sería muy animado, la verdad resultó no ser esa.

Todos los habitantes se sentían conmocionados por los sucesos que habían tenido

lugar aquella noche y los rumores habían ido ascendiendo y variando hasta crear

versiones completamente dispares y capaces de escandalizar a cualquiera de los

Townsend.

La mujer que regentaba la única taberna que había bajo Manor House, juraba y

perjuraba que el chófer de los Townsend había secuestrado a las dos muchachas

y se las había llevado en un coche robado hasta un hotel.

Además, aunque de eso último no estaba segura, habían tenido que pasar la noche en urgencias porque había habido, presuntamente, una violación de por medio.

— Espero que no haya sido a la mediana, esa me cae muy bien — señaló, mientras liberaba el humo de sus pulmones con ansia.

Había salido al exterior a fumarse un cigarrillo junto con uno de los clientes, pero si por alguna razón alguien entraba, tendría que tirar su dosis de nicotina



a

medio acabar y no quería arriesgarse a que pudiera suceder.

— ¿Y dices que ha habido una violación?

La mujer le miró.

Aquel muchacho le daba especialmente pena.

Desde que había llegado a Castle Combe, se había apiadado de él y le había regalado unas cuantas consumiciones gratis. Llevaba, más o menos, una semana

merodeando por aquel lugar y el pobre no parecía tener ni siquiera un techo bajo

el que dormir.

Cada día estaba más sucio, olía peor y la ropa la tenía hecha añicos.

Emma, la mujer, aspiró otra larga calada y le pasó el cigarrillo a su interlocutor.

Él la aceptó, encantado, e imitó a la mujer consumiendo con la bocanada las letras que dibujaban “Lucky Strike” sobre el papel blanquecino.

— Eso dicen, aunque no estoy segura de ello. Lo único que me han confirmado

es que el chófer las secuestró y robó un coche, nada más — murmuró, mientras

vigilaba la entrada por si aparecía algún cliente.

No solía tener mucho movimiento, aunque de vez en cuando aparecía algún turista en busca de un caldo caliente.

— Y tú, chico, ¿te encuentras bien? — inquirió, mirándolo de arriba abajo.

Todavía se preguntaba qué narices le habría sucedido.

Un taxi le había dejado junto a la taberna media hora atrás, y aunque se había “limpiado” superficialmente en el baño del local, su aspecto seguía siendo nefasto y las manchas de sangre continuaban impresas en sus sucias ropas.

— Sí, claro — respondió con rapidez, retirando la mirada de la mujer.

Aspiró otra bocana del cigarrillo, alcanzando el filtro y quemándolo

superficialmente, mientras mantenía la mirada perdida en el horizonte. En la ladera de Manor House, en la mansión.

— Espero que mantengan entre rejas a ese delincuente durante mucho, mucho

tiempo... — murmuró la tabernera, más para ella misma que para el muchacho.

Pero él sabía que no era así.

Sabía de buena mano que Jason, el chófer, había sido liberado y se encontraba merodeando en las calles o en algún hospital. Aunque la paliza no había sido tan

tremenda como había pretendido — ¿por qué se había tenido que interponer la

gente? — la tunda que había recibido había sido lo suficientemente buena como

para tener unas cuantas costillas rotas y algún que otro hueso fracturado. Quizás,

incluso, una buena brecha en la cabeza de cuando le había aplastado el cráneo

contra el asfalto.

Apretó los puños, rabioso, mientras se decía a sí mismo que aquel asunto no había terminado ahí. Les visto había juntos, en la cama, y aquella imagen no podría olvidarla de buenas a primeras.

Arianna Townsend era suya, sólo suya. Y el chófer no volvería a interponerse entre ellos, no; se aseguraría de ello costase lo que costase.

Un coche negro, con los cristales traseros tintados, paró frente a la taberna y dos

hombres uniformados de policías se bajaron de él y caminaron hacia la entrada

en la taberna.

El muchacho pensó, por un instante, que habían acudido para llevárselo detenido

y sintió cómo su corazón se aceleraba desproporcionalmente.

Cuando pasaron de largo y se introdujeron en el interior del local, sus

pulsaciones recuperaron un ritmo normal. Al fin y al cabo, ¿por qué iban a llevárselo? No tenían nada contra él y la única persona que podía llegar a denunciarle era Ari — y sabía de sobra que ella jamás le traicionaría de aquella

manera — .

La mujer de la taberna resopló, evidenciando lo cansada que se encontraba aquel día de llovizna, y se giró hacia el interior no sin antes echarle una última ojeada

al muchacho. Sí, realmente su aspecto era nefasto.

— Entra dentro, chico — musitó mientras abría la puerta — , la casa invita a un

buen vino caliente.

No podía hacer mucho más por él.

Markus, agradecido, entró tras ella y se sentó en la barra tras retribuirle el gesto

solidario.

Mientras agarraba el vaso ardiente entre sus manos y procuraba entrar en calor,

observaba a los dos policías que se habían sentado en el fondo del local y que bebían una cerveza. Desde aquel lugar, no podía llegar a escuchar qué estarían diciendo, pero su imaginación había comenzado a volar y no podía evitar

preguntarse a sí mismo cuánto peligro entrañaría librarse, definitivamente, de Jason O'Brien.

Lo quería muerto; enterrado bajo tierra.

Y una cosa tenía clara: si hacía las cosas bien, nadie tendría por qué sospechar de

él, ¿no?

## 8

Eran las siete de la tarde y la cena ya estaba servida.

Viviane sonrió a su invitado y, cariñosamente, se despidió de él abandonando la

estancia en la que se encontraban junto a Franck. Sabía por el gesto de su marido

que deseaba quedarse a solas con él y, aprovechando la excusa que le

proporcionaba la cena, había abandonado el lugar con prisas permitiéndoles unos

pequeños instantes de intimidad.

Steve miró a su jefe con calma y sosiego.

Era evidente que no le había hecho demasiada gracia la decisión que había

tomado de dormir en la mansión, pero no le importaba. Para aquellas alturas, las

cartas estaban sobre la mesa y Franck tenía muy pocas combinaciones con las que jugar su turno.

— Viviane está siendo muy hospitalaria — murmuró, mientras se paseaba por la

biblioteca.

Franck no alzó la mirada.

Agarró la botella del mini-bar y se llenó hasta arriba el vaso de whisky, sin siquiera molestarse en preguntarle a Steve si quería tomar o no.

— Viviane sabe cómo tratar a los *invitados* — sentenció, mientras le daba un sorbo y hacía énfasis en la última palabra.

En aquella ocasión, Franck Townsend sí que alzó la vista. Le parecía atisbar una sonrisa de ironía en el rostro de Lowell, pero tan rápido como se había producido, se había esfumado, y no podía estar totalmente seguro de que no se

hubiera tratado de una mala jugada de su imaginación.

— Desde luego — convino Steve, dibujando una sonrisa de gratitud.

A Franck le hervía la sangre.

Cierto era que valoraba mucho a Lowell y que había depositado en él su total y

plena confianza, pero comenzaba a sospechar que aquel acuerdo que habían pactado le estaba pasando factura.

Franck le había prometido el apellido de su familia y le había perjurado que, si

no al completo, algún día recibiría de herencia buena parte de la mansión. Al fin

y al cabo, todas sus pertenencias serían repartidas entre sus hijas y Steve, como

futuro marido de su hija mediana, tendría poder sobre ellas.

De esa manera, Franck se había librado de perder todas sus posesiones, había mantenido el escándalo a raya y su familia no había tenido que ser partícipe de

su fracaso como hombre... Pero... Tenía la sensación de que Lowell se había

propuesto acelerar aquel proceso, cosa que a Franck no le agradaba en absoluto.

Le dio otro sorbo a la copa de whisky mientras Viviane golpeaba la puerta del exterior, recordándoles con aquel gesto que debían dirigirse al comedor.

— Si no tienes ningún inconveniente — musitó Lowell, girándose hacia el viejo

Franck mientras éste depositaba su copa sobre el mueble auxiliar y se dirigía a la

puerta — , me gustaría pasar una noche más aquí.

El viejo no respondió de inmediato, pero torció el gesto en una mueca de desagrado que a Lowell le irritó.

— He pensado que, dadas las circunstancias, ésta podría ser una muy buena ocasión para pasar tiempo con Arianna, ¿no crees?

Franck carraspeó.

— No — cortó de inmediato — . Mis hijas han tenido un día duro, creo que deberían descansar.

Sí, sus sospechas se confirmaban.

Sabía que Lowell no era un mal tipo y, por aquella razón, había decidido

concederle la mano de su hija pero..., la avaricia se estaba apoderando de él y era evidente que ansiaba acelerar el proceso.

Lowell caminó unos pasos al frente con rapidez, alcanzando al viejo.

Habían abandonado la biblioteca y ambos caminaban por los pasillos de Manor

House a paso ligero.

— Franck — dijo con voz firme, mientras apoyaba su mano sobre el hombro del

viejo.

Éste, confuso, se detuvo y miró a Lowell.

¿Qué narices pretendía?

— No voy a discutir contigo y no voy a llevarte la contraria, pero tampoco permitiré que las decisiones las tomes únicamente tú. Creo que, después de la inversión que he realizado en mi futuro sin recibir nada a cambio de buenas a primeras, tengo tanto derecho como tú a valorar, decidir y escoger.

Franck Townsend apretó los dientes con ira mientras se preguntaba a sí mismo

qué sería lo que surcaba la mente de Steve para comportarse de aquella manera.

Cierto era que tenía su parte de razón, pero hasta entonces jamás había intervenido en sus decisiones con aquella faceta tan déspota.

Apretó aún más los dientes, haciéndolos rechinar.

Vulgarmente hablando, Steve lo tenía cogido por los genitales y no podía hacer

nada para librarse de él, así que no le quedaba más remedio que ceder. El chico

se había preocupado en guardar bien su inversión y Franck había firmado un

contrato en el que se estipulaba que, si así lo solicitaba su prestamista, tendría que devolver el dinero íntegro que había recibido más una comisión de interés por cada día transcurrido desde la fecha en la que lo recibió. En otras



palabras, si

de ahí a un año Steve le pedía su dinero de vuelta, Franck tendría que devolverle

el doble de lo que había recibido — algo que quedaba totalmente fuera de su alcance — , en dos años, el triple.

Y la única manera de romper aquel contrato era con la cláusula en la que se especificaba que en el caso de que Steve contrajera matrimonio con una de sus

progenitoras, aquel contrato perdería validez y Franck no tendría que devolver ni

un solo céntimo de lo que había recibido.

Suspiró hondo, calmándose, y caminó al frente sin molestarse en responder.

Sí, el criajo de Steve Lowell le tenía bien pillado después de todo.

En el comedor, la familia Townsend se encontraba al completo — excepto Franck, que no tardaría demasiado en llegar junto a su socio — .

Por alguna razón, Viviane se alegraba de que aquel hombre se encontrase presente en aquellas circunstancias. Si bien no era del todo agradable contar con

una presencia semi-extraña en Manor House, sabía que, mientras un extraño se

encontrase en la mesa, la conversación jamás se iría de tono.

La mujer, preocupada, miró a sus tres hijas con tristeza; parecían realmente conmocionadas, aunque lo que más le extrañaba era el estado taciturno que dibujaba Rose. Arianna, que abrazaba a su hermana pequeña débilmente por

la

cadere, había pasado una noche intensa y Viviane podía llegar a entenderla; al igual que a Grace, que no sólo se veía afectada por la intensidad de los últimos

acontecimientos si no que, además, tarde o temprano sería ingresada y Franck se

había asegurado de hacerla partícipe de ello lo antes posible.

¿Pero qué era lo que sucedía que Rose?

Estaba a punto de proceder a averiguarlo cuando su marido y Lowell entraron por la puerta principal e irrumpieron en la estancia para tomar asiento en la mesa, frente a ellas.

El cuerpo de Rose se tensó y sintió cómo los ojos se le encharcaban. Notó el abrazo de Arianna, apretándola contra ella en señal de apoyo.

No. No podía ser.

¿Qué narices hacía Steve allí? ¿Por qué demonios no se había marchado ya de la

mansión?

Se retiró las lágrimas con disimulo, pero no fue capaz de alzar la cabeza.

— Buenas noches — saludó Viviane con una sonrisa, mientras los sirvientes

llenaban las copas de vino con rapidez.

Ninguna de las tres hermanas Townsend se molestó en devolver el gesto cortés.

Rose continuaba demasiado herida, dolida y consternada. Arianna sentía cómo la

rabia hervía en su interior por lo que aquel desgraciado le había hecho a su hermana pequeña y Grace no podía siquiera mirar a su padre a los ojos después

de la última noticia que había recibido. Una vez más, intentaban librarse de ella.

Las tres guardaron silencio mientras los empleados de Manor House servían los

entrantes y una conversación intrascendente se formaba entre el matrimonio y el

socio de Franck.

Todos comían, unos más y otros menos, menos Rose, que continuaba esforzándose por no llorar y procuraba no alzar la mirada hacia su agresor.

Arianna le había dicho repetidas veces que tenían que denunciarlo o, al menos,

contárselo a su padre. Pero Rose sabía que aquello no podía ser y que, al fin y al

cabo, tenía su parte de culpa. ¿Por qué demonios había tenido que meterse en

aquel juegucito? ¿Por qué le había provocado de aquella manera? ¿Por qué había sentido tantos celos de que Steve hubiese escogido a Arianna y no a ella?

A aquellas alturas daba igual, pero no podía evitar sentir que se merecía parte de

lo que había sucedido.

Rose escuchaba la voz de Steve Lowell de fondo, charlando animadamente, y

notaba cómo el dolor de sus entrañas se intensificaba más y más. No sólo el

dolor físico, si no el psíquico. Aquella noche una parte de ella había muerto,  
y

mientras él hablaba con su padre como si nada hubiera sucedido, Rose sentía  
que

poco a poco todo se desgarraba en su interior.

Un impulso de gritar se apoderó de su interior y tuvo que retenerlo con  
fuerza,

mientras Arianna apretaba su mano en señal de apoyo, calmándola al igual  
que

lo había hecho en tantísimas ocasiones a lo largo de sus infancias.

— Rose, cariño, ¿te encuentras bien?

Su nombre en la voz de su madre sonó tierno. Cariñoso.

Negó con la cabeza sin alzar la mirada, sabedora de que si abría la boca y  
decía

la verdad, podía llegar a destruir por completo a su padre.

Rose no sólo sabía que Steve había pactado con Franck la mano de Ari; lo  
sabía

todo. Sabía el préstamo que éste había realizado y sabía que su padre se

encontraba en un estado financiero delicado. Sabía que, después de todo, los  
Townsend tenían ciertas prioridades que salvaguardar.

— ¿Rose?

Quería responder, quería decir que sí.

Pero las palabras se perdían en algún lugar de su interior.

Se levantó de un salto mientras, una vez más, su mirada se empañaba amenazadoramente, y salió corriendo del comedor.

Todos los presentes guardaron silencio intentando comprender qué era lo que sucedía ahí. Excepto Steve, que conocía perfectamente el secreto que guardaba

Rose.

— ¿Pero qué...? — musitó Franck, clavando la mirada en su mujer.

Viviane se encogió de hombros, haciéndole entender que sabía tanto o menos que él sobre el asunto.

— Ha sido un día muy largo para todos — dijo Lowell, sorprendiendo a los Townsend presentes — , es normal que se encuentre irritada.

Arianna estuvo a punto de saltar en su contra, pero mirándole con rabia, se contuvo.

— Creo que no tienes ni la menor idea de lo que es normal y lo que no

— susurró, controlándose.

Dirigió una mirada mordaz hacia Steve y, después, se volvió con un semblante

serio hacia Viviane.

— Mamá, creo que debería ir con ella.

La mujer asintió con la cabeza, sin entender qué era lo que sucedía allí.

Incluso Grace, que se había mantenido distraída hasta entonces, prestó atención

a los acontecimientos. Ninguno de los allí presentes había pasado por alto la mirada acusadora de Arianna hacia Steve.

— Ve, cariño.

Lowell observó cómo la explosiva y perfecta Arianna salía tras la inocente Rose

Mary y comprendió que, ni la pequeña Townsend era inocente, ni había mantenido la boca cerrada.

Arianna sabía lo que había pasado entre ellos; lo que complicaba aún más las cosas.

Si Franck se llegaba a enterar de algo, Steve estaba dispuesto a jurar ante cualquier tribunal que el acto sensual había sido consentido. ¿Acaso no había sido así? Rose lo había buscado. Lo había deseado. Lo había provocado.

Pero lo que realmente le preocupaba era su prometida... ¿Estaría dispuesta Arianna a casarse con él y a guardar aquella rabia en el fondo del armario?

Suspiró hondo, relajándose, siendo consciente de que si no aceleraba todo el proceso, quizás terminaría perdiendo la oportunidad de ser un Townsend más.

## 9

Escuchaba el pitido que emanaba la máquina que controlaba sus pulsaciones de

fondo y, por esa misma razón, sabía que se encontraba en un hospital.

Le dolía la cabeza muchísimo. Y los huesos, también le dolían los huesos.

Jason sintió cómo un escalofrío azotaba su cuerpo sin piedad mientras la voz de

Lowell se reproducía en su cabeza.

— Es mi prometida, Jason — decía — , déjala en paz.

Sabía que no era real, que estaba soñando, pero aún así...

Intentaba borrar la imagen de Arianna y con ella, todos los males que ésta le había causado. Intentaba olvidarse de sus curvas, de su perfume, de su

delicadeza y de su piel bronceada. Pero sabía que por mucho que lo intentase no

lograría olvidar jamás a aquella mujer que se había quedado en un “casi”.

*Casi* había sido; pero no.

— Mi prometida...

La voz del estirado inglés resonó de nuevo, y Jason tuvo que sacudir sus pensamientos para eliminar, sin poder evitar preguntarse por qué aquel hombre

habría dicho algo así.

De pronto, todo se quedó en negro. Poco a poco los pitidos fueron

apagándose,

alejándose de él hasta desaparecer completamente.

No veía, ni sentía, ni escuchaba hasta que percibió el aroma que, con parsimonia,

comenzaba a intensificarse a su alrededor; provocándole arcadas.

— ¡¡Eres un mierda, Jason!!

La voz masculina había cambiado y, aunque no llegaba reconocerla, se le hacía

muy familiar.

El pestazo a tabaco no tardó en llegar y poco después los pitidos de la máquina

del hospital.

— ¡¡Eres un mierda, Jason!!

La frase se repetía y el aroma se intensificaba, produciéndole una serie de arcadas que se esforzó por controlar.

Poco a poco, la negrura comenzó a desaparecer...

— ¡¡Eres un mierda!! ¡¡Eres pura mierda!!

Conocía aquella voz.

Una colilla de Lucky Strike quemaba la alfombra de un hotel, creando un agujero negruno a su alrededor.

— ¡¡Eres un mierda, Jason!!

El corazón se le aceleró.



Conocía aquella voz, sí; era la del hombre que había secuestrado a Arianna aquella noche. El mismo que lo había golpeado hasta dejarlo sin conocimiento.

— Tranquilo, sssh... No pasa nada, tranquilo...

La habitación del motel desapareció.

Jason abrió los ojos, sobresaltado, y se chocó con las blanquecinas paredes de un

hospital. Una enfermera acariciaba su brazo tranquilizadamente mientras le administraba medicación en el gotero. Se miró la vía que tenía en el brazo y después la miró a ella.

— Tranquilo, todo está bien... Estás en un hospital, a salvo.

El joven irlandés parpadeó, acostumbrándose a la luminiscencia que le rodeaba

mientras la imagen de la mediana de los Townsend volvía a resurgir en su mente.

— Está en peligro... — musitó, consciente de lo que había ocurrido en la calle.

La enfermera negó y retiró la jeringuilla del gotero.

— No estás en peligro — aseguró, sin comprender si hablaba de él o de otra persona — . No tienes por qué preocuparte por nada. Hemos denunciado tu estado y lo sucedido a la policía local y, en cuanto te encuentres mejor y te recuperes, podrás prestar declaración. Mientras tanto, hay varios testigos que han

proporcionado una descripción del agresor y la policía se encuentra en su

busca.No debes preocuparte por nada — repitió, esperando convencerle con la explicación.

Jason intentó levantarse, con la mente trabajando a mil por hora mientras intentaba comprender aquello que la enfermera le decía. Sintió una punzada de dolor agudo atravesándole los pulmones y, en reacción, volvió a tumbarse con rapidez.

— No hagas eso, por favor..., no puedes moverte de esa manera...

Por primera vez observó a la enfermera que tenía a su lado.

Era una chica muy joven, seguramente recién graduada o en prácticas. Tenía los ojos verdes, el pelo rubio y las facciones de los rostros suaves, capaces de inducir calma a cualquiera. Pensó que, con los años, sería una muy buena enfermera.

— Tengo que marcharme — anunció, mirándola con seriedad, mientras la imagen de Arianna se proyectaba en su mente una y otra vez.

La muchacha supo que no bromeaba.

— No puedes irte, has sufrido una contusión muy grave y tienes varias costillas

rotas — explicó brevemente.

Podía ver el miedo en el rostro de su paciente y, por alguna razón, se estremeció.

— Además — añadió — , si salieras por esa puerta no llegarías muy lejos. En cuanto el gotero dejara de suministrarte los calmantes, te desmayarías de dolor.

El chico de ojos castaños y verdosos lo miró con seriedad.

— Pero tengo que marcharme. Ella está en peligro — susurró con voz débil, justo antes de volver a perder el conocimiento.

# 10

Arianna entró al dormitorio de su hermana Rose y la encontró allí, tirada en una

de las esquinas sobre la fría madera.

Sintió cómo el corazón se le encogía al verla de aquella manera tan pequeña e inocente y supo que, costase lo que le costase, destrozaría al animal que le había

hecho aquello a su hermana.

— Rose... — musitó con la voz herida.

Ni siquiera podía mirarla.

¡¡Por Dios!! ¿Cómo alguien podía llegar a romper así a una persona?

— No quiero vivir...

Ari se quedó helada ante la confesión de su hermana.

Lo había dicho con un hilillo de voz prácticamente inaudible, pero supo el peligro que encerraba aquella frase.

Se arrodilló a su lado, en el suelo, y acarició su espalda.

— No vas a morirte — aseguró, mientras los ojos se le empañaban de rabia — .

Va a pagar por todo lo que te ha hecho, Rose. Lo prometo.

Su hermana negó.

— No lo hará — susurró con convicción.

Sabía que no lo haría. Y sabía mucho más que su Arianna.

A parte de todo eso, Rose también sabía que había cometido un grave error

contándole a Arianna todo lo sucedido, pero... ¿Pero cómo iba a ser capaz de ver a Steve Lowell cada día en su hogar, en Manor House? ¿Cómo iba a ser capaz de verle junto a su hermana y guardar silencio mientras recreaba para sí misma los horrores que habían tenido lugar aquella noche? ¿Cómo iba a poder guardarle aquel secreto a Arianna, sabiendo que Steve sería, tarde o temprano, su

marido?

— Te juro que pagaré por todo lo que ha hecho, Rose — sentenció, escupiendo

la rabia que contenía en su interior mientras acariciaba con ternura el rostro de su

hermanaqueña — . Pero tenemos que hablar con papá...

— ¡No!

Arianna ya había intentado convencerla con anterioridad, pero Rose se negaba a

entrar en razón. Seguramente, intentaba evitar el escándalo y la prensa al igual que lo había hecho ella en un pasado.

— Tenemos que hacerlo. Rose, papá no puede seguir trabajando con ese hombre

después de que...

Las palabras se perdieron en su garganta. No podía ni siquiera pronunciar la palabra “*violación*”.

— Después de lo que ha hecho — aclaró — . Aunque no lo denunciemos a las

autoridades, papá tomará sus propias medidas contra él y nunca más  
tendremos

que verle en Manor House.

Rose volvió a negar, mientras se deshacía en un mar de lágrimas sobre los  
brazos

de su hermana mayor.

— Por favor, hermanita... — suplicó Ari, consternada e impotente — .  
Déjame

hablar con papá...

La pequeña Townsend alzó la mirada y, armándose de valor, decidió que  
había

llegado el momento de desvelar los secretos que con tanto esmero había  
guardado.

— Tengo que contarte algo más...

Su voz sonó rota y desgarrada, y es que así se encontraba.

Pero tenía que liberarse de todo o, si no, Ari jamás comprendería la  
envergadura

del problema que tenían entre manos.

Su hermana escuchó con atención cada detalle de la historia mientras todas  
las piezas del rompecabezas iban encajando en su lugar. La conversación que  
Steve

había mantenido con Jason, aquella en la que le había dicho que “dejase en  
paz a

su prometida”, por fin cobraba sentido.

Se quedó en silencio, procesando todo lo que su hermana pequeña le había confesado, mientras intentaba ordenar sus ideas.

— No me casaré con él, Rose.

En realidad, se lo estaba diciendo a sí misma.

No se casaría con aquel despojo, con aquella escoria. Mientras estuviese viva, Steve Lowell jamás se acercaría ni a ella, ni a Rose.

— Ari, si no lo haces...

Rose tomó aire, armándose de valor para lo que se encontraba a punto de decir.

— Si no lo haces..., perderemos todo — concluyó, mirándola a los ojos seriamente.

Aquella era la única realidad que debía importarles.

Horas más tarde, cuando Arianna se quedó a solas en su habitación, volvió a pensar en Jason, en todo lo que le había hecho sentir. Sabía que, aún con todo, no

había logrado olvidarse por completo de él pero..., pero tampoco podía pensar

en nadie más que en Steve Lowell. Todos y cada uno de los pensamientos que surcaban su mente iban dirigidos, con odio, hacía él.

Intentaba buscar una solución eficaz y rápida aquel asunto, una manera de librarse de aquel tipo fuera de la manera que fuese; pero no lograba hallar ninguna. Rose tenía razón, si no accedía a contraer matrimonio, perderían todo.

Perderían Manor House y perderían todo el poder que el apellido Townsend

les

proporcionaba en la sociedad.

¿Cuánto estaban dispuestos a pagar por conservar aquello que poseían?

La dignidad de Rose, su dignidad.

¿Cuánto estaban dispuestos a perder, por conservar?

La migraña se intensificó y Arianna apagó las luces de su habitación, mientras escuchaba su corazón latiendo a mil por hora en sus sienes.

Tenía que deshacerse de Lowell. Tenía que hablar con su padre.



# 11

Era al tercer vino caliente al que la mujer de la taberna, Emma, le invitaba aquella tarde. Sabía que estaba abusando de su confianza y que tarde o temprano

optaría por echarlo a patadas del establecimiento, pero no podía gastar el escaso

dinero que poseía y allí se sentía caliente y seguro de la intemperie. Aquel dinero

tenía que ser bien invertido, sí.

Alargaría aquello lo máximo y, si Emma se cansaba de su presencia, ya se preocuparía por colocar un techo bajo su cabeza más adelante.

Apretó el papel que conservaba bajo la protección de su puño mientras una idea

fugaz rondaba en su cabeza. Necesitaba ropa en condiciones y algún abrigo para

las madrugadas frías si quería intentar optar al puesto que el anuncio indicaba.

Markus se las había estado apañando durmiendo bajo el saliente del tejado de la

taberna, apretado junto a la verja trasera que protegía el exterior de la caldera.

Aunque podía sobrevivir — aquel trasto desprendía el suficiente calor como para

no morir de una hipotermia por la madrugada — durmiendo de aquella manera

y aseándose por las mañanas en los lavabos, sospechaba que la imagen final que

lograba no era lo suficientemente buena como para que Franck Townsend le asignase el puesto de chófer personal.

Chófer de Arianna.

Sonaba demasiado bien y la idea era lo suficiente atractiva como para descartarla

de buenas a primeras. Markus había echado cuentas y estaba convencido de que podía permitirse comprar un traje mediocre y un abrigo de mala calidad, aunque

aquello conllevaría el desembolso del cien por cien de sus ahorros. De todo lo que tenía.

Además, todavía no se había terminado de deshacer de Jason O'Brien, aunque

sospechaba que a esas alturas no suponía ningún problema. Hacía días que

espiaba y vigilaba la mansión de Manor House y sabía que no había aparecido por ahí ni se había acercado a Arianna.

Tal vez la paliza lo hubiese dejado en coma; tal vez lo habría matado.

— ¿Otro vino? — preguntó la mujer desde el otro lado de la barra.

Sabía que sentía lástima por él; podía verlo en sus ojos.

Markus negó, intentando no abusar de la solidaridad de Emma.

— Pero gracias — añadió.

Ella sonrió.

— Entonces, ¿un cigarrillo?

Quería decir que no, pero el mono le mataba. Necesitaba la nicotina.

— Bueno, vale...

Compartiría aquel cigarrillo con la mujer y después, como cada día, subiría la ladera hasta llegar a los terrenos de Manor House. Era una manera de mantener

controlada a Arianna y de mantenerse ocupado mientras dejaba pasar las horas y

regresaba al refugio de la taberna para pasar la noche.

También era una manera de no morirse congelado bajo la llovizna londinense.

— ¿Puedo preguntar por qué no te marchas? — inquirió Emma, encendiendo el

cigarrillo y llevándose a los labios.

No quería que el muchacho se marchase. A decir verdad, era la única compañía

que tenía por aquellos lugares y aquella era la razón por la que continuaba sirviéndole gratuitamente los vinos.

Markus dudó.

— Tengo unos asuntos que resolver, pero parece que me están llevando más tiempo del que pensaba.

No era la mejor de las respuestas, pero era la única que se le había ocurrido.

Emma aspiró otra larga calada del cigarrillo, que se consumía pasos agigantados

por el viento que azotaba el exterior. La lluvia parecía haberse intensificado aquella tarde, aunque tampoco era de extrañar.

En el telediario, habían repetido en varias ocasiones que en los próximos días un

temporal como hacía tiempos no se veía llegaría hasta aquellas zonas del país.

Le tendió el cigarrillo medio consumido a Markus.

— Espero que se resuelvan pronto.

— Yo también — asintió, pensativo.

Eso esperaba, sí.

— ¿Y tú? ¿Qué hace una mujer como tú en un lugar como éste?

Emma ensanchó una sonrisa, mientras clavaba la mirada en los celestes ojos del

chico y, por primera vez, lo escrutaba de una manera más..., sensual. Le doblaba

la edad, sí, pero llevaba tanto tiempo sin compartir cama con ningún hombre que

aquel pequeño detalle le parecía ridículo a priori.

— Supongo que soy una mujer de costumbres fijas.

El chico asintió, como si comprendiera a qué se refería.

Aspiró una última calada y tiró el cigarro a un charco cercano, con los pensamientos y las miras en la ladera de Manor House.

— Nos vemos mañana, gracias por todo — se despidió.

Emma alzó la mano en señal de despedida, pero se quedó en la puerta de la taberna, inmóvil, observando al chico sin techo.

Lo vio subir la cuesta que llevaba a Manor House y no pudo evitar preguntarse

qué narices iría a hacer en aquel lugar... Poco a poco, la figura del muchacho se

fue difuminando entre el temporal, las lluvias y el viento, hasta que desapareció

calle arriba e Emma, pensativa aún, regresó a su lugar tras la barra.

Markus se esforzó por caminar cada paso hacia arriba, sin importarle el viento que lo empujaba en dirección contraria o la lluvia que calaba hasta llegar a sus

huesos. Cuando llegó hasta el final, cuando alcanzó Manor House, se refugió, como cada tarde, en el pequeño cobertizo del jardín principal en el que los trabajadores guardaban el cortacésped y otros instrumentos de la jardinería.

Desde allí, a través de una pequeña rendija, podía controlar a todo aquel que entraba y salía de la mansión.

Mientras Markus observaba el Mercedes de Steve Lowell entrar en los terrenos y

se preguntaba por qué aquel hombre pasaba tantísimo tiempo en aquel lugar,

Jason se despertaba una vez más en el hospital con el recuerdo de Arianna

Townsend y con las palabras que le había escuchado decir por teléfono al mismo

hombre que Markus vislumbraba en aquellos instantes. Tenía que salir de allí, tenía que encontrar a Ari costase lo que le costase.

## 12

Steve maldijo aquel terrible temporal mientras se bajaba del coche y caminaba apresurado hacia la entrada principal. Odiaba la lluvia y el viento, aunque en aquel lugar resultaba poco probable encontrar un otoño soleado.

Manor House le saludó con un sepulcral silencio; un silencio que evidenciaba la

poca actividad que se estaba realizando a aquellas tardías horas del día.

Se dirigió, apresurado, hacia la biblioteca mientras clavaba la mirada en las escaleras que ascendían hasta las habitaciones. Rezaba por encontrar a Arianna

o, al menos, poder verla en la lejanía; pero no se dio la suerte.

Tocó la puerta tres veces con seguridad, esperando encontrar a Franck Townsend

en el interior de la estancia. Al no escuchar respuesta, Steve llegó a plantearse que quizás el viejo no se encontrase allí, pero al final su voz ronca llegó a través

de la puerta de roble.

— Pasa, Lowell.

Como no, alguno de los empleados ya se había encargado de anunciarle a Franck

su llegada.

Abrió la puerta y pasó al interior con decisión.

Encontró al viejo Townsend con una copa de whisky en la mano — pequeña

costumbre que en los últimos días se estaba convirtiendo en una rutina demasiado habitual que preocupaba mucho a Viviane —, sentado en su escritorio.

Franck no se molestó en alzar la mirada.

— ¿Qué es lo que quieres? — preguntó con desdén.

En los últimos días, los chantajes de Steve Lowell hacia él se habían intensificado y el muchacho no dejaba de insistirle para que, más pronto que tarde, se le comunicase el enlace a Arianna.

Franck estaba preocupado.

En el momento en el que había aceptado aquel pacto y aquel dinero, no había llegado a pensar que las circunstancias pudieran desenvolverse de aquella manera tan..., brusca, grotesca.

Pensaba que con el tiempo Lowell podría ganarse a su hija, tal vez. Y si no lograba conquistar el corazón de Arianna, quizás Rose o Grace podrían llegar a

amarle. No había pensado demasiado en aquellos detalles pues, entonces, había

dedicado toda su atención en no perder la mansión y todo lo que poseía.

Pero desde La Noche Dorada, Lowell tenía prisas por formalizar todo.

Muchas prisas.

— Creo que tenemos que hablar con tu hija...

A Franck se le aceleró el corazón.

Sabía que se refería a Arianna y sabía qué era lo que pretendía pero... ¿Acaso

no

lo habían hablado ya? Se le comunicaría la noticia en el momento oportuno,  
no

cuando él decidiera hacerlo.

Tomó un sorbo largo y el whisky descendió varios centímetros en la copa.

Después, armándose de valor, miró amenazadoramente a Lowell.

— Ya te he dicho que...

— Acabo de estar en comisaría y el jefe me ha dicho que Jason O'Brien está libre, absuelto de todos los cargos y en la calle — cortó con rapidez, mientras se

acercaba a la mesa de los licores y tomaba una copa con dos hielos — ,  
gracias a

la intervención de una importante testigo.

— ¿Una importante testigo? — repitió Franck.

— Arianna — señaló, mientras se servía otro whisky en el vaso y tomaba  
asiento

frente al viejo.

— ¿Por qué mi hija iba a...? — comenzó, pero se quedó sin silencio sin  
terminar

la frase.

No terminaba de entenderlo o, mejor dicho, esperaba que sus sospechas no

fueran ciertas. ¿Arianna con un chófer? No podía ser cierto, aunque... ¿Qué  
otra



explicación había?

Steve se acercó hasta el viejo y susurró, muy calmado:

— Ha llegado el momento, Franck. No pienso permitir que todo este asunto se destape y que la prensa comience a escribir su propia versión de la historia, no... — dijo, pensativo, sorbiendo otro trago de su copa. Franck le imitó — .  
Si

quieren algo de lo que hablar, se lo daremos nosotros.

No quería hacer las cosas de aquella manera, pero... ¿Qué más opciones tenía?

Hacía días que su familia pasaba por aquel horrible bache que parecía descontrolarse más y más. Viviane no dejaba de repetirle que bebía demasiado y

Franck procuraba no cruzarse con ella para que no detectara su aliento a alcohol,

Grace se había marchado de la mansión, Rose sufría una especie de depresión que no llegaban a comprender y Arianna estaba en una especie de huelga muda.

Manor House estaba sumida en la tristeza y cuanto antes se desvelasen las cartas

existentes sobre la mesa, antes podrían regresar a la realidad y sobrellevar las nuevas circunstancias.

Franck levantó el teléfono de su escritorio y se lo llevó a la oreja. Sentía que el

auricular pesaba, de pronto, una barbaridad. Se sentía viejo, como si las horas se

hubiesen tornado en años y cada movimiento le supondría un esfuerzo

sobrehumano.

Escuchó la voz del mayordomo al otro lado de la línea y, con entrecortadamente,

pidió.

— Busca a mi hija Arianna y dile que la estoy esperando en la biblioteca.

En mayordomo aseguró que así lo haría y cortó la llamada de la misma.

Lowell asintió, mientras se acomodaba en el asiento, expectante.

En el fondo, a Steve no le preocupaba lo más mínimo aquel asunto del chófer.

Fuera como fuese, todo aquel jaleo con Grace y lo del robo del vehículo parecía

no haber transcendido demasiado y el chico, O'Brien, tan sólo era un pobre

desgraciado que había pagado con las culpas del plato roto. No le importaba si

era culpable de algo o no, tampoco le importaba si Arianna había hecho que el

chaval se formase alguna falsa ilusión — recordaba perfectamente la llamada

que había realizado desde prisión a Manor House, y estaba seguro de que el tal

Jason no volvería a molestarles — . Lo único que pretendía con todo aquello, era

presionar al viejo Townsend.

Si aquel asunto se alargaba más, corría el riesgo de que Rose — o incluso

Arianna — , desvelasen el pequeño secreto que tenía con la pequeña Townsend

y, si así fuera, las fatales consecuencias que podría traerle.

Aunque intentaba no darle más vueltas al asunto — según Lowell, lo hecho, hecho quedaba — , lo cierto era que había sido una cagada monumental y aquel

secretito podría salirle muy caro.

Por tanto, cuanto antes se formalizase todo, mejor.

Escucharon los tacones de la joven al otro lado del pasillo.

El cuerpo de Franck se tensó, y por unos instantes sintió algo parecido al fracaso

o, quizás, a la humillación. No sabía definir muy bien en qué lugar le dejaba a él

aquel asunto, pero tenía por seguro que desde luego, no como a un buen padre.

Arianna tocó la puerta con suavidad, golpeando la madera con los nudillos.

El pobre Franck tuvo que carraspear para poder pronunciar las palabras en voz

alta.

— Pasa, hija.

Su voz sonó neutra, procurando no evidenciar lo que tendría lugar a continuación.

Lowell sonrió y Arianna, confusa, dibujó una mueca de desprecio hacia el

joven.

Una mueca que Franck no pasó desapercibida y que le encogió el corazón.

— ¿Qué ocurre, papá? — murmuró, contrariada.

¿Qué narices hacía allí?

Encontrarse en la misma habitación que Steve Lowell no solo activada todos sus

instintos asesinos si no que, además, le repugnaba.

Franck miró a Lowell, esperando que éste le concediese una tregua. Pero no, estaba claro que el muchacho no permitiría que aquel asunto se aplazase más de

lo necesario.

— Bueno, te he pedido que vengas porque hay un par de asuntos que creo que

deberíamos tratar y...

— ¿Qué hace él aquí? — cortó Ari, señalando al intruso.

Lowell sonrió y Franck pensó que su mundo se detenía. Ni siquiera sabía qué responder.

Arianna sabía por qué estaba allí. Sabía qué era lo que su padre y Lowell tramaban pero... Pero cuando Rose le había confesado aquello que ella sabía,

jamás imaginó que aquel asunto fuera cierto.

¿Cómo había sido su padre capaz de venderla de aquella manera? ¿Cómo a una

mercancía con precio?

Porque en el fondo, todo se reducía a eso. La había puesto precio y la había vendido al mejor postor.

Franck tomó otro largo trago del whisky, apurando el contenido del vaso.

— Bueno, Steve ha venido para comentarme que el chófer... — alargó la frase,

intentando acordarse del nombre del muchacho — , en fin, el chófer

— concluyó, sin ser capaz de recordarlo — , ha salido en libertad gracias a una

declaración tuya.

— Jason, Jason O'Brien — señaló.

Al pronunciar su apellido, el recuerdo de la ducha que se habían dado juntos azotó su mente y fue capaz de rememorar el olor de su perfume, de su cuerpo...

— ¿Cómo?

Arianna miró a Lowell de reojo.

— Se llamaba Jason.

En aquel instante, todas las sospechas de Franck se confirmaron.

— ¿Qué más da cómo se llame? — intervino Steve, malhumorado — .  
Vayamos

al grano, Franck.

El hombre, confuso, asintió.

Arianna pudo ver el arrepentimiento en su rostro y supo lo que venía a continuación.

— Bueno, queremos evitar el escándalo que ese acto..., solidario, podría acarreamos y creo que...

Las palabras se le mezclaban, se perdían en su interior.

¿Cómo le podía explicar a su hija que había concedido su mano a Lowell sin antes haberlo, siquiera, consultado con ella? ¿Cómo se podía dar aquella noticia

sin parecer un monstruo?

— Por favor, Franck, continúa — insistió Lowell, que podía apreciar la duda en

el viejo — , al grano.

Arianna lo miró con desprecio, justo antes de escupir las palabras que con tanto

esmero había procurado retener en su interior.

— Lárgate, Lowell.

Ambos hombres presentes se quedaron mirando a la muchacha, asombrados.

— ¿Perdona...?

El tono de voz de Steve denotaba incredulidad.

Arianna se armó de valor; ¿qué más daba? A aquellas alturas de la situación, no

había razón para continuar guardando las apariencias.

— Quiero hablar con mi padre a solas, así que vete — ordenó.

El chico, confuso, miró a su jefe, que asintió firmemente con la cabeza.

Sin saber muy bien qué hacer, soltó un resoplido de resignación y abandonó la estancia.

El silencio se formó de golpe, sepultando en él a padre e hija.

— ¿Qué has hecho, papá? — preguntó, mientras los ojos se le empañaban.

Aún conservaba la esperanza de que todo aquel asunto no fuera cierto, de que Rose estuviera equivocada con sus sospechas...

— Hija, yo sólo..., yo... — tartamudeó, confuso, intentando encontrar la manera

de comenzar.

Arianna negó con la cabeza mientras un repentino odio crecía hacia su padre. Un

odio que jamás había sentido hacía el apellido Townsend y que, de pronto, comenzaba a florecer con fuerza en su interior.

Franck liberó todo el aire de sus pulmones y, decidido, comenzó por el principio.

Era consciente de que no existía una buena manera de explicarlo, pero, al menos,

debía intentar excusar su comportamiento si esperaba recibir algún día el perdón

de su hija.

— Hace unos meses recibí una carta que indicaba el embargo de...

— Lo sé — escupió Arianna, conteniendo levemente la ira que se arremolinaba

en su interior — . Lo sé todo.

Franck la miró sin comprender.

— ¿Lo sabes? — repitió.

Ella, dolida, apretó los puños.

— ¿Cómo has sido capaz de venderme? — murmuró en voz muy baja, prácticamente inaudible, mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por su

rostro.

Franck agachó la cabeza.

— Lo siento mucho, hija. Créeme.



# 13

Arianna caminaba por el pasillo, en dirección a su habitación, mientras la furia y

la rabia se apoderaban de ella.

Había querido confesarle a su padre todo lo que aquel despreciable hombre le había hecho a su hija pequeña, pero no había sido capaz. Por mucho que lo había

intentando, las palabras no habían salido al exterior.

De alguna manera, sentía que cada uno debía llevar su lastre y cargar con él toda

la vida. ¿Acaso no habían abusado de Rose y, aún así, ésta había tomado la decisión de guardar silencio? Todo por el bien de la familia, de su apellido.

Quizás era lo que debía hacer, lo que le *tocaba* hacer.

Pensó en su futuro y una punzada de angustia oprimió su pecho. Arianna

Townsend se había molestado en decidir por ella misma; había cursado una carrera, había escogido sus amistades y había decidido que, llegado el momento,

podría llegar a ser una mujer independiente capaz de sobrevivir por sí misma en

el siglo XXI.

Pero todo aquello se había ido al traste y, de golpe y porrazo, sus ideales se habían esfumado.

“Los matrimonios concertados y por conveniencia son algo habitual en la alta

sociedad inglesa...”, había dicho su padre. “Aunque cada vez son menos comunes, aún quedan muchas familias que siguen la tradición...”, “lo siento

hija, no he tenido otra salida...”. Cada frase que Franck había pronunciado había

calado más hondo en ella.

Quizás, en otras circunstancias, Arianna podría haberse llegado a resignar y lo habría aceptado pero... ¡Por Dios! ¡Aquel animal había abusado sexualmente de

su hermana pequeña! ¡De su Rose!

Y lo peor de todo es que no podían romper el silencio, liberar el secreto.

Sentía el odio a punto de estallar en su interior y, cuando pasó a su habitación, lo

liberó cerrando la puerta con un sonoro portazo.

Jason, sobresaltado, saltó sobre la butaca que había en el fondo del dormitorio y

Arianna, asustada por la extraña e intrusa presencia, no pudo evitar soltar un grito que intentó ahogar llevándose las manos a la boca.

— No grites, por favor — murmuró con voz débil el chico.

La mediana de las Townsend lo escrutó, asombrada, mientras el corazón le daba

un vuelco. Había procurado guardar todos aquellos sentimientos y enterrarlos,

pero ahora que lo veía, cara a cara, era inevitable que salieran a la luz.

Jason...

Había pensado que jamás se volverían a encontrar.

Había pensado tantas cosas que...

— ¿Qué demonios haces tú aquí...?

— Las quería para mí — cortó, intentando aprovechar los segundos de confusión

que tenía a su favor — . No las iba a vender. Sé que fue un error, pero sólo las

quería para mí... No para chantajearte.

Sabía que, quizás, si lograba explicarse a tiempo, tendría una oportunidad con ella.

La joven necesitó unos segundos para comprender a qué se refería. En realidad,

a aquellas alturas, las fotografías y los escándalos le daban totalmente igual.

Jason estaba allí, y había regresado a ella. Aquello era lo único que tenía sentido

e importaba.

— Necesito que me perdones, Ari...

Lo miró con los ojos empañados, escrutándole. Tenía el pelo rojizo alborotado,

los ojos marcados con unas profundas ojeras. Vestía algo parecido a una bata de

hospital, acompañado de unos vaqueros desgastados y sucios.

— ¿Qué te ha pasado? — preguntó, asombrada.

Él negó, mientras se levantaba con lentitud y caminaba hacia ella.

Estaba preciosa, realmente preciosa. Sabía que algo la había molestado — lo deducía por el portazo — , pero aún hecha un huracán, Arianna Townsend seguía

siendo la mujer más preciosa del planeta.

Pensó que, si se acercaba demasiado a ella, tal vez se apartaría... Aún así decidió

tentar a la suerte.

Arianna sintió que el corazón se le detenía y que la respiración se le cortaba.

¿Por qué el destino había querido complicarle así la vida?

Sintió el cuerpo de Jason acercarse más y más..., el calor que emanaba. Cuando

la tocó, un escalofrío recorrió su cuerpo, erizando el vello de su piel.

Cerró los ojos para evitar que éstos se le empañasen y no fue consciente de que

había estado aguantando la respiración hasta que sintió el aliento de Jason en su

oreja, y liberó un profundo suspiro que había estado conteniendo.

— Te necesito..., te necesito mucho.

Arianna abrió los ojos, que a pesar de los intentos, liberaban agua salada sin control.

Si debía ser sincera..., ella también le necesitaba. Le había echado de menos.

En lugar de decirlo, alzó las manos y rodeó su cuello. Sabía que aquello no

era

correcto pero le daba igual. Todo le daba igual.

Apoyó con delicadeza sus labios sobre los de él y aspiró su aroma, su sabor.

Entreabrió la boca, permitiendo a su lengua explorar el paladar ajeno mientras sus dientes chocaban lentamente y sus cuerpos, cada vez más cerca, se

acaloraban. Arianna recorrió su torso con impaciencia, deseosa de liberar todo aquello que contenía junto a él, de sentirse plena y unida a alguien.

— Espera, espera... — susurró Jason en su oreja — , más suave.

La joven Townsend se apartó de él y lo miró, sin entender.

Cada movimiento que realizaba significaba un esfuerzo descomunal, pero merecía la pena por sentir a la mujer que amaba, que deseaba. Con lentitud, se

retiró la bata de hospital que vestía — había sido incapaz de ponerse su camisa,

que había encontrado totalmente teñida con sangre — y dejó al descubierto el vendaje de sus costillas y las magulladuras de su torso.

Ari abrió los ojos de par en par, asustada.

— ¿Pero qué...? — inquirió, impactada, mientras volvía a acortar la distancia entre ellos — . ¿Qué te ha pasado?

Jason negó, justo antes de volver a buscar el beso de la chica dorada.

No quería estropear aquel encuentro con el acosador. Había recreado aquello tantísimas veces que, en aquel instante, tan sólo quería disfrutar de ella... de

*su*

*chica dorada.*

Tocándolo con la misma delicadeza con la que él la tocaba a ella, Arianna recorrió cada parte del cuerpo del guapo irlandés.

¿Cómo negar que lo hubiera extrañado?

Cada poro de su piel reaccionaba ante él como si se tratase de algo natural, algo

normal y predestinado a ser así.

Con torpeza, comenzó a desnudarse ante la atenta y desbocada mirada de Jason.

Por primera vez desde hacía muchísimo, se sentía torpe y expuesta... Se quitó la

blusa y después el pantalón y se quedó inmóvil, observándolo.

Jason no se movió; se quedó clavado en el suelo examinando las curvas bronceadas de la chica, mientras el corazón se le aceleraba.

— Había decidido olvidarme de ti — confesó Arianna, con la voz ronca.

Todo lo que la rodeaba comenzaba a superarla.

Lowell, su padre, la boda...

En realidad, ¿quién de los dos guardaba secretos a quién?

El chófer irlandés la sorprendió con una tierna sonrisa que Arianna fue incapaz

de no devolverle.

— ¿Has conseguido olvidarme?

Continuaban de aquella manera; ella semidesnuda, frente a él. Como si de aquel

extraño modo se estuviera rindiendo a Jason; como si de aquel modo, confesase

con y sin palabras todo lo que él había significado para ella.

— No..., no lo he conseguido...

Sintió, una vez más, el familiar nudo de la garganta y las ganas de llorar atacándola. Asfixiándola.

El irlandés se acercó hasta ella, rodeándola con ambos brazos y atrapando una lágrima rebelde que recorría su mejilla con un beso.

— Yo tampoco lo he conseguido — confesó en su oreja, justo antes de besar su

cuello.

El calor que se formaba en aquella habitación comenzaba a abrasar, arrasar.

Se quitaron el resto de la ropa que aún tenían encima, tomándose su tiempo y olvidándose del exterior completamente...

En aquellos instantes, las preocupaciones que ambos guardaban en sus vidas desaparecieron por completo, dejando paso a algo primitivo. Algo natural.

Jason observó los perfectos senos de Arianna Townsend, su pronunciada y marcada cintura y sus largas y sensuales piernas. Había proyectado aquella

imagen en su mente millones de veces con exactitud, sin olvidarse de un solo detalle, sin obviar una sola de sus características.

Ari, temblorosa, liberó su cabello de la coleta dejando caer la cascada de  
hondas

castaños sobre sus hombros. Se mordió el labio, conteniendo las ansias y los  
temores que azotaban su cuerpo mientras se perdía en él. En su O'Brien; su  
rey

irlandés.

Sin duda, tenía muchísimo peor aspecto que la última vez que se habían visto.

Parecía muy débil, estaba pálido, las ojeras se pronunciaban bajo sus  
párpados y

los vendajes contribuían a acentuar su mal estado. Suspiró hondo, sintiéndose  
de

alguna manera culpable por aquello. ¿Acaso Jason no se había metido en  
todos

los líos por su culpa? Si no la hubiese rescatado de Markus...

Él sonrió débilmente y todos los pensamientos de Arianna desaparecieron de  
un

plumazo en la sexy sonrisa irlandesa. La mediana Townsend, ardiente y

dispuesta a cualquier cosa por el hombre que amaba, rodeó el cuerpo del

muchacho hasta quedar tras él y se apoyó en su espalda, elevándose de  
puntillas

para susurrarle en el oído que aquella noche ella sería suya, sólo suya.

Aquel instante, Jason comprendió que no sólo jamás olvidaría a aquella  
mujer, tampoco aquella frase en sus labios. Su cuerpo caliente, sus pechos  
apoyados en

su espalda, sus caricias tranquilas y cuidadosas.



Agarrándole la mano, se tumbó en la cama con una sonrisa pícaro grabada en el

semblante. Arianna se la devolvió de la misma manera mientras se colocaba con

lentos movimientos sobre sus piernas, justo antes de acariciarle su duro y erecto

pene.

Parecía estar en tal mal estado..., que temía dañarle si realizaba algún

movimiento demasiado brusco. Pero la verdad era que Jason hacía rato que había

dejado de sentir.

Chupó su húmedo e hinchado glánde realizando movimientos circulares con la

lengua mientras escuchaba de fondo los ronquidos ahogados de placer que Jason

liberaba.

Le había deseado, le había añorado. Le había necesitado tanto...

Se detuvo cuando el miembro, que aún aprisionaba entre sus manos, alcanzó su

tamaño máximo en su boca, mientras masajeara su base. Se deslizó por sus piernas hasta quedar a ahorcadas sobre él y poco a poco descendió,

permitiendo que se clavase en su interior y ambos cuerpos se fusionaran en uno

solo.

Comenzó a moverse lentamente, dejando que el placer inundara su cuerpo, perdiéndose en los ojos verdosos con los que Jason le miraba con atención.

No había apartado la mirada de ella ni un solo instante, y aquello la excitaba de

sobre manera; la enloquecía. Continuó meciéndose mientras sus gemidos se mezclaban con los de él...

Jason había dejado de sentir el dolor de cabeza y el de las costillas; desde luego,

la mediana de los Townsend era capaz de dejarle sin respiración.

Estiró un brazo para agarrar su cadera y guiar sus movimientos, que poco a poco

se aceleraban más. Cabalgaba hacia delante y hacia atrás, moviendo con rapidez

y enloqueciéndolo. Estiró aún más el brazo, intentando alcanzar uno de sus pechos; pero el dolor agudo de su costilla fracturada le impidió llegar a su objetivo.

Arianna sonrió con sensual picardía y, sin detener sus movimientos, descendió suavemente hasta que sus senos quedaron a la altura del rostro de su sexy

irlandés.

Jason, ansioso, atrapó uno de los pezones con su boca y comenzó a succionarlo,

apretándolo entre los dientes y liberándolo para después volver a aprisionarlo y

repetir el proceso.

Los gemidos de placer comenzaron a aumentar a la par de los movimientos, evidenciando que ambos se encontraban a escasos instantes de que el orgasmo

les atravesase.

Jason quería más; quería agarrarla, quería penetrarla con ferocidad, quería desinhibirse con ella y olvidarlo todo.

Quería hacerla completamente suya.

Pero sabía que, en aquel estado, era impensable. Excitado y totalmente caliente,

se conformó con aquella imagen de Arianna cabalgando salvajemente sobre él

mientras sus caderas se movían a un ritmo voraz, hambriento.

Sintió cómo el orgasmo atravesaba el cuerpo de Ari y sus paredes vaginales se

contraían succionando su miembro, obligándolo a explotar junto a ella.

El cuerpo de ella, rendido, cayó sobre él.

Arianna rodeó el cuello del muchacho con ambos brazos y se acomodó sobre su

pecho, exhausta y aún confusa por la rapidez con la que los últimos

acontecimientos se habían desarrollado.

El silencio enterró por unos segundos la habitación y el corazón desbocado de ambos amantes resonó con fuerza; como si aquellos dos corazones latieran

únicamente por la persona que tenían entre sus brazos.

La mediana Townsend se levantó levemente para mirarle a los ojos y se percató,

de pronto, de la palidez del muchacho.

— ¿Jason?

Él sonrió muy débilmente.

— No puedo... respirar...

De un salto, se levantó de su pecho. Había ansiado tanto aquel instante...  
había

anhelado tanto acurrucarse sobre él que ni siquiera había sido consciente de su estado delicado.

— Lo siento..., perdón...

Él negó, restándole importancia, mientras poco a poco recuperaba el color del rostro.

Se quedaron mirándose sin pestañear, como si de aquel modo se estuviesen observando el alma. Ambos sabían que tenían demasiadas cosas que hablar y demasiados acontecimientos que compartir...

Pero ninguno de los dos sabía por dónde comenzar.

# 14

La tormenta amenazaba Castle Combe con fuerza, golpeando con su granizo los

cristales de las viviendas y arrasando con las debilitadas hojas que aún conservaban algunos árboles.

Ninguna persona en su sano juicio se hubiese quedado aquella noche bajo la intemperie, excepto Markus; que continuaba sin moverse del cobertizo.

Sabía de sobra que hacía rato que debía haberse marchado de aquel lugar si no

quería que, la siguiente mañana, los jardineros y trabajadores de Manor House lo

encontrase allí metido. Pero no podía, no podía marcharse de ninguna manera.

No después de haberle visto a él.

Se acurrucó en la esquina del cobertizo, en el que escasamente podía mantenerse

agachado junto al resto de los instrumentos y maquinarias de jardinería. El agua

traspasaba la madera del techo y las gotas frías y heladas de la lluvia caían sobre

él, calándole.

Markus se apretó las mojadas ropas contra su frío cuerpo y pensó que, si

continuaba así, no tardaría demasiado en caer enfermo. Pero la sangre le hervía,

le ardía. El odio arrasaba su interior como un fuego descontrolado que quemaba

todo lo que se encontraba allá por donde pasaba. Un fuego descontrolado que por momentos, se avivaba más y más.

Al principio no lo había querido creer; pero sí, le había visto entrar a hurtadillas en la mansión. Había visto al mierda de chófer pasar la puerta principal vestido

aún con la bata del hospital. Había visto al mierda del chófer acercarse a su Arianna, y aquello no podía consentirlo.

Mientras la rabia lo invadía más y más, el recuerdo del acto que había presenciado desde la ventana del motel irrumpió en sus pensamientos para quemarlo vivo. Ellos, juntos, sus cuerpos desnudos y mojados rozándose...

— ¡iiiiiiAAAAAAAHHHHHH!!!!

Sabía que podían escucharle, pero necesitaba sacar de su interior todo lo que ardía, todo lo que lo carcomía.

En aquel estrecho agujero negruno en el que se encontraba, comenzó a patalear y

a lanzar puñetazos contra las máquinas, desahogándose.

Prácticamente no tenía espacio para moverse, lo que hacía más pronunciados y

dolorosos los golpes.

No pasaba nada, el dolor era bueno.

El dolor calmaba la rabia y el odio. El dolor amortiguaba la fuerza de la voz que

le decía, una y otra vez, que el mierda de Jason tenía que morir. Que el mierda

del Jason tenía que estar muerto cuanto antes.

Cuando las fuerzas se agotaron, sintió unos escasos minutos de paz que le permitieron relajarse. Tenía los nudillos y las rodillas ensangrentadas, seguramente por la tunda que le había propinado al cortacésped de Franck Townsend.

Las horas pasaban y en muy poco tiempo la madrugada se le había echado totalmente encima. La tormenta había empeorado y el granizo sacudía el cobertizo con fuerza mientras el viento lo agitaba y los relámpagos lo iluminaban con ira.

Se distrajo unos segundos cuando observó el Mercedes grisáceo del chico rico abandonar la mansión. A Markus le pareció que sonreía y se preguntó qué

demonios habría estado haciendo aquel hombre hasta tan tardías horas en Manor

House. Si el chico rico había estado con su Ari, entonces Jason se encontraría en

otro lugar, ¿no?

Y si el chico rico no estaba con Arianna, ¿entonces...?

Lo que Markus no sabía era que Lowell sonreía de tal manera mientras se

alejaba colina hacia debajo porque aquella noche había logrado obtener un dato

que para él resultaba muy, muy valioso. Había logrado una fecha, lo que significaba un gran avance hacia sus objetivos.

El mercedes terminó de perderse entre la oscuridad y Markus sintió cómo poco a

poco el dolor desaparecía para ir dejando paso a la rabia, a la ansiedad, a la ira.

Llegados a aquel punto, no podía perder el tiempo con tonterías; no podía hacerse pasar por un candidato al empleo para conseguir un puesto de trabajo cerca de ella. No podía esperar tanto tiempo.

Tenía que actuar, y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Tenía que acabar con Jason.

Tenía que matarlo.



# 15

No podía negar que se sentía feliz y plena pero... ¿en qué lugar dejaba las cosas

aquello?

Estaban abrazados y tenían la ventana de su habitación abierta. Ninguno de los

dos hablaba, simplemente escuchaban los truenos con las piernas entrelazadas

por debajo de las sábanas. Los relámpagos iluminaban por segundos,

constantemente, la habitación; y allí adentro se sentían bien, felices. Se sentían a

salvo del mundo y de la realidad.

Aunque ambos sabían de buena mano que tarde o temprano la realidad regresaría

para recordarles que no podían huir de ella.

— ¿Quién te hizo eso? — inquirió, mientras acariciaba el vendaje que rodeaba

su hombro y descendía hasta sus costillas.

El cuerpo de Jason se tensó, evidenciando lo poco que le agradaba hablar de aquel asunto.

— El hombre que te retuvo en la habitación de motel.

Arianna, sobresaltada, se incorporó sobre el colchón.

No podía creer lo que estaba escuchando..., no podía ser verdad que Markus hubiera llegado tan lejos como para herir de aquel modo a alguien.

— Markus te ha...

— Cuando me sacaste de la cárcel — cortó Jason, explicándose — , nada más

salir de la comisaría. Él ya me estaba esperando afuera.

La chica Townsend, horrorizada, se llevó la mano a la boca, ahogando un grito

de espanto. No podía ser verdad, aquello no podía ser cierto.

— Supe que estabas en peligro cuando me desperté en el hospital y reconocí a mi atacante y supe que tenía que venir aquí, que no podía dejarte sola.

Ella no respondió.

Aún procesando aquella información, se levantó de la cama y se acercó con paso

sigiloso hasta el perchero que tenía en la esquina del dormitorio.

Jason examinó sus curvas desnudas y su trasero, sensual y perfecto, hasta que Arianna se abrigó con una bata y se acercó a la ventana.

Quiso preguntar qué era en lo que estaba pensando, pero prefirió dejarla su espacio para meditar. Al fin y al cabo, la que estaba en peligro era ella.

— No voy a dejar que te pase nada — aseguró, totalmente convencido.

No pensaba separarse de ella.

Daba igual lo que Franck Townsend dijera, no pensaba alejarse de Arianna si no

era ella la que se lo pedía. La necesitaba tanto como respirar y, además,

quería

asegurarse de que se encontraba bien. De que aquel loco no lograba acercarse a

ella.

— Markus... — susurró, pensativa, mientras contemplaba la lluvia caer con fuerza en el exterior.

El sonido del granizo contra el asfalto amortiguaba cualquier otro ruido que pudiera tener lugar en Manor House.

Arianna observó las luces de un vehículo alejándose en el patio y afinó la vista,

intentando averiguar quién narices salía a aquellas horas de la mansión.

Lowell. Era el coche de Lowell.

Al percatarse, su cuerpo se tensó instintivamente y un escalofrío recorrió sus extremidades obligándola a estremecerse. Tenía tantas cosas en las que pensar y

preocuparse, que la presencia de Markus en todo aquel asunto tan sólo empeoraba aún más las cosas.

Por una parte, estaba el asunto del matrimonio concertado. El préstamo de su padre. La violación. Jason había regresado y... Markus también.

Aunque sabía que éste último no la dejaría en paz de buenas a primeras, había esperado que, al menos, le concediera cierta tregua de paz antes de volver a incordiarla.

Se giró hacia Jason e intuyó la preocupación en sus ojos verdosos.

Observó su cuerpo herido y magullado y fue consciente de la gravedad de

aquel

asunto. Por primera vez, Arianna Townsend reconoció lo peligroso que podía llegar a ser Markus y el error tan grande que había cometido en Zúrich con él.

Aquel asunto se estaba descontrolando.

— No voy a dejar que te ocurra nada — repitió Jason, afirmando y recalcando

cada palabra de la frase.

Ella asintió, dubitativa, sin saber qué responder.

¿Qué podía decirle? Jason no podía hacer nada por protegerla y, aunque él no lo

sabía, ella sí.

Una lágrima rebelde se deslizó por su rostro y el muchacho, angustiado, se levantó y se acercó hasta ella.

— No llores Ari, por favor... — susurró en voz baja.

Ambos se encontraban junto a la ventana, abrazados, mientras los truenos resonaban con constancia. La tormenta continuaba agravándose.

El llanto de la chica empeoró y el chófer fue consciente de que algo, algo que desconocía, la estaba atormentando.

— No llores... — repitió con voz dulce — ..., no llores, preciosa.

Arianna Townsend siempre le había parecido una mujer fuerte, dura y prepotente. Pero aquella noche la imagen que Jason conservaba de ella había

vuelto a modificarse.

Poco a poco dejó de llorar, pero ninguno de los dos se liberó del abrazo del otro.

Se quedaron estrechados en silencio y sumidos en sus propios pensamientos.

Arianna Townsend se preguntaba cómo demonios podría resolverse todo aquel

asunto sin causar más daños y Jason, confuso, intentaba adivinar qué era lo que

atormentaba tanto a la chica dorada.

— Tienes que marcharte...

No había querido decirlo, pero sabía muy bien que *tenía* que decirlo.

Él la soltó y caminó un paso hacia atrás para poder examinarla.

— ¿Cómo? — inquirió, incrédulo.

— Tienes que marcharte, Jason — instó Arianna.

Su voz sonaba firme y el chico supo que se estaba conteniendo para no volver a

llorar.

Él negó, y ella sacudió la cabeza a modo de respuesta, como si con aquel gesto le

estuviera pidiendo que no complicase aún más las cosas.

— Cuéntame qué es lo que ocurre — imploró, mientras atrapaba uno de sus ondulados mechones y lo colocaba detrás de su hora.

Ari volvió a sacudir la cabeza.

Aunque quisiera contárselo, ¿cómo comenzar? Habían ocurrido demasiadas cosas...

— Por favor...

Miró los ojos verdosos y sinceros del chófer y supo que jamás podría olvidarle y

que, por muchas veces que pronunciase la palabra “vete”, en su mente siempre

resonaría la palabra “vuelve”. Era una paradoja, pero sabía que si Jason se quedaba no sólo la complicaría la vida a ella, si no que la vida de él terminaría

tornándose una verdadera pesadilla.

— Cuéntamelo — insistió, sin dejar de mirarla.

— Mi padre ha concertado mi unión con Steve Lowell — soltó a bocajarro.

Las palabras cayeron sobre el muchacho como un jarro de agua fría.

¿Qué demonios significaba aquello? ¿Qué demonios quería decir con unión?

— Ari, mírame.

Jason sujetó la barbilla de la chica, obligándola a alzar la cabeza.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiere que me case con Steve Lowell.

Aquella frase no sólo encerraba el horror que significaba que alguien escogiera

tu futuro por ti, quitándote por completo la voluntad de decidir. No, no sólo significaba eso. También encerraba el secreto de la persona que Steve Lowell era

y que tanto ella como Rose conocían. Un secreto que jamás saldría a la luz.

— No puede hacer eso — aseguró Jason, paseándose por la habitación con nerviosismo.

El dolor de las costillas había regresado y el acosador de Arianna había quedado

en un segundo plano con todo aquel escabroso asunto.

¿Realmente Franck Townsend podía obligar a su hija a contraer matrimonio en

contra de su voluntad? Y lo peor... ¿qué clase de persona podía hacer algo así?

— ¡Niégate! — exclamó, consternado.

Ella no se había dado cuenta, pero había comenzado de nuevo a sollozar.

— No puedo — aseguró, aunque sabía que él jamás lo entendería.

— ¿Cómo que no puedes, Ari?

La voz de Jason delataba su nerviosismo.

No era capaz de comprender por qué Arianna se comportaba de aquella manera

con lo que respectaba a su familia.

¿Por qué no podía tener poder de voluntad?

— Tienes que marcharte, Jason — murmuró en voz baja. Sabía que era lo mejor

para los dos — , esto no saldría bien de ninguna manera.

Él negó, no pensaba marcharse. No así, después de tanto y sabiendo que Markus

andaba en libertad, acechándola.

— ¡¡Vete, Jason, por favor!! — exclamó, llorando, dolida.

## 16

Mientras cruzaba la puerta principal, Markus no pudo evitar preguntarse por qué

nadie se molestaba en aquel lugar en cerrar con llave, o con cerrojos.

¿No temían los robos? ¿Los atracos? ¿Los secuestros?

Era evidente que allí, en su pequeña burbuja alejada de la realidad, los Townsend

se sentían a salvo y por encima de cualquier persona.

Pasó al interior y el aire caliente de la calefacción lo recibió con una ráfaga reconfortante. Estaba hundido de pies y cabeza y había comenzado a tiritar; no

sólo por la llovizna del exterior, si no por la falta de alimento de los últimos días.

Exceptuando los vinos a los que Emma le había invitado, Markus no había ingerido mucho más.

Caminó al frente, algo confundido por la falta de luminiscencia, mientras creaba

a su paso un reguero en la madera del pasillo.



No tenía ni idea de por dónde comenzar a buscar a Arianna, pero aún quedaban

muchas horas de noche por delante y estaba decidido a encontrarla y llevársela

de allí aunque tuviera que arrastrarla él mismo.

Reconfortado por el calor que aprisionaban aquellos muros, el suizo no tardó demasiado en dar con las escaleras que conducían al primer piso; aquel en el que

se encontraban las habitaciones.

Markus pensó que había sido una tontería dormir bajo la intemperie dada la escasa seguridad que evidenciaba Manor House. Seguramente, podía haber

dormido allí cada noche sin que nadie se enterase, siempre y cuando abandonase

las estancias de la mansión antes de que el personal de trabajos llegase.

Una voz masculina llegó a sus oídos y el chico agudizó sus sentidos. A aquellas

altas horas de la madrugada, no se escuchaba a un solo ratón en la mansión y cualquier nota fuera de tono resonaba con fuerza, tan sólo amortiguado por la lluvia que caía en el exterior.

El sonido provenía de la primera puerta a la derecha, justo la que se encontraba

frente a las escaleras principales.

Markus se acercó con sigilo y, con delicadeza, se pegó a la puerta para poder escuchar aquello que estaba teniendo lugar en el interior.

El llanto de su Arianna resonó a través de la puerta, anunciándole que, en efecto,

había dado en el clavo. Aunque no tardó demasiado en descubrir que allí adentro

también había un hombre, cosa que complicaba más de lo necesario el asunto.

¿Cómo iba a llevarse a la chica con él, si no estaba sola?

Pensó que lo mejor era esperar a que el tipo abandonase la estancia y, entonces,

quizás, tendría la oportunidad de entrar a por ella. Pero... ¿y si no se marchaba?

¿Y si se quedaba allí hasta la siguiente mañana?

No sólo no quería perder aquella oportunidad si no que, además, no podía soportarlo más.

Se había concentrado tanto en raptar a Arianna Townsend, que por unos segundos pasó por alto el que hubiera visto al mierda de Jason entrar en la mansión.

Era él. Estaba seguro de que era él.

El hombre que se encontraba en el interior con la mujer que amaba era el mierda de Jason.

Apretó los puños con ira, clavándose las uñas en la palma de la mano, mientras

la furia que por unos instantes había contenido en su interior se liberaba.

—¡ No voy a marcharme! — exclamó el mierda de Jason, prácticamente en un

grito — , ¡así que deja de repetírmelo!

Las palabras llegaron hasta Markus con total claridad, justo unos segundos antes

de que abriese la puerta con una patada.

Sabía que no tenía que haber hecho aquello — el ruido podía despertar al resto

de la familia Townsend — , pero no había sido capaz de contenerse. No había sido capaz de soportarlo por más tiempo.

Markus se quedó inmóvil, observando la escena que tenía lugar ante sus ojos mientras una avalancha incontrolable de odio se apoderaba de él.

Arianna estaba vestida con un albornoz blanco y era evidente que, bajo él, no llevaba ninguna prenda de vestir. Jason..., el mierda de Jason..., estaba desnudo

con la venda que rodeaba su torso como única ropa.

Estaba desnudo junto a ella.

Junto a su Ari.

Aunque el chico no necesitaba más detalles para comprender lo que había sucedido minutos antes en el interior de la habitación, la cama deshecha confirmaba cualquier duda que pudiera — o desearse — albergar.

Los amantes se habían quedado tan consternados como el intruso — o, incluso,

más — . Miraban al chico embarrado, mojado y repugnante que se había quedado clavado en el umbral de la puerta sin procesar aquello que sucedía.

Arianna tardó varios segundos en comprender que aquel muchacho era Markus, y

unos cuantos más en deducir por qué se encontraba en Manor House — en su habitación, concretamente — .

Jason, a pesar de su turbación, no necesitó tanto como Arianna para deducir quién era y qué quería. Con rapidez, se vistió los bóxer que se encontraban en el

suelo mientras el intruso aún continuaba inmóvil, en la puerta, con la mirada desorbitada fija en Arianna.

— Lárgate de aquí, Markus... — amenazó, aunque sabía que aquello no serviría

de nada.

Markus no respondió de la misma.

Estaba tan inmerso en la chica que observaba, que tardó en reaccionar al comentario de Jason. En señal de respuesta, sonrió.

Una sonrisa completamente ida, una sonrisa que evidenciaba que se encontraba

en un estado de total perturbación.

Jason caminó un paso al frente, interponiéndose entre el pirado aquel y Arianna.

¿Qué narices pretendía? ¡Por Dios Santo! ¡Estaban en Manor House! ¡Había guardias de seguridad y a pocas habitaciones Franck Townsend y las hermanas

de Arianna descansaban!

El irlandés pensó que, si aún nadie había escuchado las voces y la patada, poco

faltaría para que alguien se despertase de su plácido sueño y saliera al exterior a

investigar lo que sucedía.

— Te voy a matar, mierda de Jason.

No era una amenaza, era un pronóstico.

Algo que, sin duda, Markus esperaba cumplir.

Por unos segundos, el chófer se había llegado a olvidar de su delicado estado.

Hacía tan sólo unas horas que había abandonado el hospital, pero la protección

de Arianna le parecía mucho más importante que su propio estado físico.

Cuando Markus se abalanzó con todo el peso de su cuerpo contra él, Jason recordó gracias a una punzada de dolor las tantísimas costillas que aquel malnacido le había roto unos días atrás.

Se había caído de espaldas y yacía en el suelo.

Tenía a Markus sobre él y los puños de aquel loco volaban contra su rostro sin

detenerse. Jason prácticamente no veía nada; no sólo por el dolor que le

proporcionaba el peso de aquel individuo sobre él, si no por la sangre que brotaba de su rostro y que enturbiaba su alrededor.

Los gritos de Arianna llegaban desde la lejanía, empañando cualquier otro sonido.

— ¡¡Puto mierda!!

Intentó defenderse, alzando las manos sobre su rostro para detener las embestidas; pero sin resultado. No veía, no tenía fuerzas, no le quedaba nada en el interior con lo que luchar.

A pesar de todo, mientras recibía un golpe detrás de otro, Jason no pudo evitar

pensar que, mientras Markus se entretuviese con él, a ella no la tocaría. Mientras

continuase cebándose con él, Arianna estaría a salvo.

Sentía que en cualquier instante perdería el conocimiento, pero no podía permitirlo. Tenía que aguantar todo lo que pudiera, tenía que mirar a aquel desgraciado a los ojos para que no le dejase tan rápido de lado. Si se desmayaba,

sería al caer muerto, no antes.

El grito de una voz de mujer ajena llegó débilmente a los oídos de Jason. Pensó

que quizás alguien había acudido a rescatarles, pero el rostro rabioso de su atacante no se movía de lugar. Escuchaba el llanto de Arianna y más gritos, muchos más gritos.

Se estaba muriendo, lo sabía.

Podía notarlo en las fuerzas que Markus le arrebatava en cada golpe; en la poca

visión que le quedaba; en lo mucho que le costaba mantener los párpados abiertos.

No iba a desmayarse, no iba hacerlo hasta que Arianna estuviera a salvo. No iba

a morirse hasta que alguien la rescatase.

“Unos minutos más”, pensó, mientras la sangre empañaba todo, “aguanta unos

minutos más y después muérete”...

De pronto, todo se volvió negro.

# 17

Tenía los ojos rojos e hinchados, la cabeza le martilleaba y, en las últimas horas,

tenía la sensación de haber adelgazado al menos cinco kilos.

Estaba sentada en el despacho de su padre; Franck Townsend bebía whisky tras

el escritorio, juzgado ante la atenta mirada de Viviane. Rose se encontraba a su

lado, estrechándole la mano con cariño al igual que Arianna se la había estrechado a ella en los momentos más difíciles.

Aunque no sentía ningún atisbo de gratitud ante su padre, se alegraba de que su

familia se encontrase allí; de poder ver caras conocidas en esos momentos tan difíciles. Excepto..., excepto por él. Lowell.

¿No iba a librarse de aquel animal ni entonces?

Pataleaba, nerviosa, contra el suelo. La policía se había llevado detenido a Markus y le habían asegurado a Arianna que jamás volvería a ver la luz del sol; aunque ella tenía sus sospechas de que no sería así. No sabía si creerlo o no, pero

cuando pensaba en Jason, Markus también le daba igual.

Le importaba Jason, solo Jason.

Se lo habían llevado en una ambulancia, pero el personal sanitario le había comunicado a una histérica y descontrolada Arianna que su estado y sus



pulsaciones eran realmente débiles; probablemente, no lograría superar aquella

noche en el hospital.

Además, según le había escuchado decir a la policía, a Lowell y a su padre, si Jason conseguía salir de aquel estado lo más probable era que regresase a

prisión. ¿Cómo iba a explicar Jason la agresión y la pelea con Markus?

Arianna

sabía que tanto a su padre, como a Lowell y la policía, les era indiferente su inocencia; querían procesarlo, querían quitárselo del miedo.

Era evidente que no lo permitiría, pero... antes de nada, necesitaba saber que él

estaba bien, que se recuperarían.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y Rose la abrazó más fuerte.

— Tranquila, todo irá bien...

No, Arianna sabía que, ocurriera lo que ocurriese, nada saldría bien.

Por ahora, lo único que podía hacer era esperar la llamada del hospital o de la policía; esa llamada que significaría un antes y un después en su vida si las noticias que contenía eran dañinas.

— ¿Por qué no os marcháis a la cama? — propuso Viviane, que no entendía muy

bien qué era lo que había sucedido.

Por lo que sabía, Arianna y el chófer habían mantenido un romance, ¿tal vez?

Tampoco estaba segura de ello, aunque Franck lo había llegado a insinuar.

— No — cortó con seriedad — , no me marcharé, mamá.

Su madre, resignándose, asintió.

No entendía por qué sus hijas tenían que sufrir innecesariamente, al igual que no

lograba entender por qué el socio de su marido se encontraba presente en aquella

situación tan delicada y familiar.

El teléfono resonó con fuerza, invadiendo por completo la estancia.

Todos los presentes clavaron la mirada en Franck, que dejando de lado su copa

de whisky, alzó el auricular y se lo llevó a la oreja.

Mientras escuchaba con atención aquello que le comunicaban, no podía evitar

observar a la mediana de sus hijas y preguntarse por qué. Por qué había hecho aquello; por qué había traicionado de aquella manera a la familia.

¿Todo aquel asunto era una venganza por el matrimonio que había concertado

entre ella y Lowell? ¿Se resumía en ello?

Alejó sus pensamientos unos instantes para procesar la información del

comisario y, cuando éste colgó, mantuvo unos minutos más el auricular en la oreja. No quería que le bombardeasen a preguntas, no mientras intentaba buscar

una solución a aquel tremendo escándalo antes de que la prensa se enterase.

Resignándose a las circunstancias, colgó el aparato y volvió, una vez más, la mirada hacia Ari.

— Vivirá.

La chica no fue consciente de que había estado conteniendo la respiración hasta

que, aliviada, liberó todo el aire que albergaban sus pulmones.

Jason vivirá. Jason estaba vivo.

Rose apretó aún más la mano de su hermana. No entendía por qué aquel hombre

era tan importante para ella, pero tampoco necesitaba saberlo.

— No tardará demasiado en estar entre rejas, Franck — intervino Lowell, levantándose del asiento — , creo que no debemos preocuparnos por el asunto...

— No te atrevas a decir una sola palabra más, Steve — amenazó Arianna en voz

baja, sin elevar un solo tono el timbre de su voz — , nadie te ha dado vela en este entierro.

Viviane, asombrada, abrió los ojos de par en par y contempló a su hija sin comprender absolutamente nada, mientras ésta se levantaba de su asiento y, con

parsimonia, caminaba hacia su padre.

Después de susurrarle algo inaudible para el resto, Franck se levantó de la silla y

abandonó la protección que le proporcionaba su escritorio.

— Salid todos fuera, por favor — pidió con la voz calmada.

Rose y Viviane dudaron unos instantes, la una tan confundida como la otra; pero

al final obedecieron.

Lowell no se movió del lugar donde se encontraba.

— He dicho *todos*, Steve — señaló.

El joven y rico muchacho carraspeó, irritado, pero terminó obedeciendo las órdenes de su jefe.

¿Por qué narices se empañaba Franck en intentar mantenerlo al margen de las circunstancias? ¿Cuándo terminaría por comprender que todo, todo lo que pisaba

en aquel instante, podía perderlo si a él le daba la gana que así fuera?

Abandonó la estancia, pero no se marchó.

Decidió que lo mejor era esperar a que su querida futura mujer saliera y después

interrogar a Franck. Ahí había demasiado que tratar, y no pensaba marcharse de

buenas a primeras sin estar al tanto de todo.

Aunque, en realidad, no podía evitar pensar que ya nada podía preocuparle. Su

amargura caducaría en tan sólo seis meses, en el preciso instante en el que la explosiva y sexy Arianna Townsend pronunciase un “sí, quiero” en el altar.

Franck miró con curiosidad a su hija. Aún estaba furioso con ella y, desde luego, no iba a intentar ocultarlo.

Arianna era la única responsable de todo aquel asunto.

— Habla — ordenó con un tono autoritario.

Arianna Townsend sonrió con malicia, por primera vez en su vida, a su padre.

— Accederé a casarme con Steve Lowell — anunció.

Franck se preguntó el por qué de la repentina calma de su hija sin encontrar respuesta aparente.

— Claro que accederás, no te quedará más remedio.

Sabía que estaba siendo duro, pero no podía contenerse. Estaba tan enfadado con

Ariana...

— Siempre y cuando Jason O'Brien sea absuelto de cualquier cargo y no entre

en prisión — instó.

¿Aquello era un chantaje? ¿Su hija lo estaba chantajeando?

— Si no, olvídate de esa boda, papá ...

**CONTINUARÁ...**

Conclusión

Por último...

¡Gracias a ti, lector, por haber descargado y leído mi libro!

Estaré encantado de leer tu opinión en Amazon, así que no te olvides de escribirla.

Atentamente,

Christian Martins.

## **SOBRE EL AUTOR**

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre sus novelas!

## **OTROS TITULOS DEL AUTOR**

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

## **TRILOGÍA**

**“SECRETOS,**

**SECRETOS**

**2**

# Y

## SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero.

Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado

su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más

importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

## **NOSOTRAS (JUNIO 2017)**

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»

## **ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)**

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



## **MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)**

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse.

Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»

## **BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)**

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»

## **SOLO TUYA (ABRIL 2017)**

A pesar de todo lo que el sexy empresario, Lorenzo Moretti, y la joven española, Victoria Román, han sufrido para poder consolidar su relación y estar juntos, por fin todo marcha viento en popa. Se quieren, se adoran, se respetan y aunque puedan sufrir pequeñas discusiones entre ellos, todo resulta sencillo de perdonar. Hasta que ciertas personas del pasado reaparecen en la vida de la perfecta pareja para recordarles que nada es tan sencillo como parece en un principio.

Victoria Román se verá sumida en la sombra de una ciudad desconocida y tendrá que tomar la decisión de si sufrir por conservar su matrimonio o luchar por su propia felicidad.

¿Volverá a Madrid y rehará su vida sin Lorenzo? ¿Podrá superar perder al amor de su vida? ¿Merece el amor tanto sufrimiento?

«Descubre lo qué pasará en esta segunda parte de “Seré solo para ti” repleta de erotismo y romance, más excitante aún que la primera...»

### **SERÉ SOLO PARA TI (FEBRERO 2017)**

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»